SHÉRIDAN,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ESCRITA POR

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1868.

SHÉRIDAN.

SHÉRIDAN,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ESCRITA POR

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

Estrenada en el teatro del Príncipe el 14 de Enero de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA DUQUESA DE CARDWELL................	D.ª JOSEFA PALMA.
SUSANA...............	ELISA BOLDUN.
LADY DÉBORA.........	EMILIA DANSANT.
LA MARQUESA DE PORTLAND................	MARIANA CHAFINO.
SHÉRIDAN.............	D. MANUEL CATALINA.
LORD SPENCER........	FLORENCIO ROMEA.
LORD DUNBAR.........	FRANCISCO OLTRA.
EL MARQUÉS HECTOR DE CHAMPROZÉ......	JOSÉ OLONA.
PADDY................	MARIANO FERNANEEZ.
EL DOCTOR MURZIO...	MANUEL PASTRANA.
EL PRÍNCIPE DE GALES.	IGNACIO BELMONT.
EL COMISARIO DE LAS CARRERAS..........	NICOLÁS PASCA.
TOBIAS.................	RAMON MENOR.
UN CRIADO............ / UN UGIER............. / UN OFICIAL...........	TELESFORO GARRALON.
ATKINS.................	FEDERICO TAMAYO.

Dos criados, un negrito, un mozo, un jockey, un oficial, dos police-men, diputados, nobles, damas, jockeys, pueblo.

La escena pasa en Richmond en el primer acto, y en Lóndres en los dos restantes.—Fines del siglo XVIII.

Los dos primeros actos de esta comedia estan imitados de la que con el título de *Un homme de rien*, escribió en francés Mr. Aylic Langlé.

Á MANOLO CATALINA.

Paco Retes

ACTO PRIMERO.

La esplanada de Richmond en un dia de carreras de caballos. Á la derecha una *taberna*, y delante mesa con asientos: á la izquierda, en primer término, un banco de piedra: en el segundo, la puerta de entrada á la tribuna del Jockey–Club, con muestra encima que diga: «*Tribuna del Jockey-Club.*» Valla al fondo que circunda el recinto de las carreras. Calles de árboles por derecha é izquierda. Malecon del Támesis, á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LORD SPENCER, LA DUQUESA, LA MARQUESA, TOBIAS.

Al levantarse el telon, la Duquesa está sentada á la mesa hablando con Lord Spencer. Detrás de ellos, Tobias, dos criados de gran librea con bastones heráldicos y un negrito, esperan las órdenes de Lord Spencer. La Marquesa sale de la tribuna seguida de su jockey.

MARQ. No hay remedio, no; dos horas
se retrasan las carreras;
esto no tiene disculpa;
esto es indigno.

DUQ. Marquesa! (Se saludan.)
¿correis hoy?

MARQ. Seguramente.

SPENCER. Dos caballos... no; dos fieras
que son la flor y la nata,
que son la espuma y la esencia...
MARQ. ¡Los caballos! otra cosa
más importante me inquieta.
SPENCER. ¿Más importante?
DUQ. ¿Cuál es?
MARQ. Es tan nervioso, Duquesa,
este jockey, que no hay medio;
cuando á la esplanada llega,
si está parado se hincha,
y si no corre, revienta.
DUQ. ¡Pero es posible?
MARQ. Es seguro.
¡Qué quereis!
DUQ. ¿Cómo la reina
de las amazonas? ¿cómo
la dama *sportsmen* no encuentra
remedio en tan grave apuro?
Corred vos misma.
MARQ. Lo hiciera;
si hubiese ya terminado
el estudio de una rienda
que pienso probar.
SPENCER. Yo pruebo
hoy una obra ¡oh! maestra!
un bocado... ¡qué bocado!
¡qué alacran! ¡qué camas rectas!
MARQ. ¿Conque al fin os arriesgais,
lord Spencer? ¡quién lo digera!
SPENCER. ¡Pues no! Si este *steeple chase*
tiene una fama Europea.
No es nada, saltar un muro
de nueve pies, y una acequia
de doce.
DUQ. Esto es asombroso!
SPENCER. ¡Quién duda? ¡quién no se arriesga?
y yo que soy el primer
ginete que calza espuela!
MARQ. (Con desden y dirigiéndose á la mesa.)
Oh! el primero!
SEPNCER. ¿Dudais

de mi triunfo?

MARQ. Eso es soberbia!

SPENCER. ¿Soberbia decis? por qué?

MARQ. (Sentándose á la mesa.)
Milord, correis una bestia
que tiene la cruz muy baja
y la grupa muy estrecha.

SPENCER. (Dirigiéndose furioso á la Marquesa.)
Grupa estrecha el *Capuchino*!

MARQ. Y á más quebrada de piernas.

SPENCER. ¿Quereis apostar?...

MARQ. Milord,
lo que gusteis.

SPENCER. Mil guineas.

MARQ. Yo atrás no me vuelvo nunca.

SPENCER. Voy á que apunten la apuesta.
(Éntrase en el recinto de las carreras.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, ménos LORD SPENCER. Salen por el fondo derecha, el MARQUÉS HECTOR y el DOCTOR MURZIO.

HECTOR. Luchan dos caballerizas
las mejores de Inglaterra,
disputado será el premio;
(Viendo á la Duquesa.)
pero ¡ah! señora Duquesa,
permitidme que os presente
al doctor Murzio, lumbrera
prusiana del gran Hipócrates
en la tenebrosa ciencia.
(Murzio saluda; Hector pasa al lado de la Marquesa.)
Somos antiguos amigos;
somos hermanos de guerra,
y hemos tenido el honor
de que juntos nos batieran
en Valmy, mis compatriotas
los Galos, en toda regla.

DUQ. Doctor, seais bien venido;
ya lo sois, pues os presenta
el señor marqués, el rey
de la emigracion francesa.

(Se dirige á Hector. Murzio saluda á la Marquesa.)

HECTOR. No le he visto desde el dia
en que probó su destreza.

DUQ. ¿En la medicina?

HECTOR. No.

DUQ. ¿Pues en qué?

HECTOR. En la estratagema
de la fuga.

DUQ. ¡Ah!

HECTOR. Sí, corria
más ligero que una flecha.

MURZIO. (Con suma gravedad.)
El marqués siempre es el mismo.

HECTOR. Aunque en nacion extranjera,
Hector soy de Champrosé,
marqués de rancia nobleza,
alférez en Fontenoy
á los quince años apenas.
Uniforme rojo y oro
con cabos negros y vueltas
blancas.

DUQ. ¡Asombroso traje!

HECTOR. Que me sentaba de perlas.
Así, cuando vi bajar
del Argonne á la carrera
á aquellos hijos de Francia
al son de la Marsellesa,
desastrados, harapientos,
caladas las bayonetas,
toda mi sangre, señora,
helada sentí en las venas,
y no tuve atrevimiento
para echar la espada fuera.
Á fé de galo, latia
mi corazon con violencia
al ver el marcial arranque
de aquellos Brenos sin medias.

DUQ. Desde entónces el Marqués
siempre que noticias llegan
favorables á la Francia,
las aplaude y las celebra.

HECTOR. Me solazan.

MURZIO. ¡Gran absurdo!
HECTOR. ¡Vive Dios! nadie os lo niega;
al paso que van, lo ménos
he de tardar por mi cuenta,
doscientos años cumplidos
en dar á Francia la vuelta. (Risas.)
DUQ. ¿Pensais vivir hasta entónces?
HECTOR. Hay seguridad completa:
el doctor lo ha prometido
y yo fio en la promesa
del discípulo... del émulo
de Averroes y Avicena.
Es cierto que está tocado
un poco de la cabeza,
pero es sabio... ¡oh! sapientísimo!
MARQ. (Á Murzio.) ¿Sois loco? ¡Quién lo creyera!
(Levántase, así como la Duquesa.)
MURZIO. Esa opinion del Marqués
atestigua la perfecta
lucidez de mi razon.
HECTOR. ¡Ah doctor! á mí con esas!
Explicad á estas señoras
ese famoso sistema
frenológico, ante el cual
se quedan niños de teta
Gall y Lavater.
DUQ. Veamos.
(Vuelven á sentarse junto á la mesa.)
MURZIO. No es locura que pretenda
que es el carácter genuino
de los pobres hijos de Eva
la enagenacion mental,
(Sacando un cuaderno.)
que cada individuo tenga
un rincon de su cerebro
atacado de demencia.
DUQ. ¿Con que todos locos?
MURZIO. Todos:
monómana sempiterna,
siempre está haciendo locuras
la humana naturaleza.
HECTOR. Es una mosca que anda

revoloteando en las telas
del cerebro, no es así?

MURZIO. Así es.

DUQ. Pues mosca sea.

MURZIO. Pues esa mosca es el móvil
primordial y único, fuerza
poderosa que dirige
nuestra mísera existencia.
No cabe duda, y no hay una
excepcion.

DUQ. (Por ella.) ¿Ni una siquiera?
¿Ni vos?

ESCENA III.

LOS MISMOS, LORD SPENCER.

SPENCER. Ya queda apuntada.

HECTOR. ¡Ah milord, llegais á buena
ocasion! (Tomando el cuaderno de Murzio.)
dadme el cuaderno.
(Presentándole á la Duquesa.)
¿Sabeis lo que es?

DUQ. ¡Quién lo acierta!

HECTOR. Es la mosca que al doctor
tambien le revolotea.
Un cuaderno que contiene
cien mil casillas; en ellas
ha separado las clases
de las locuras diversas.
Mirad.—Locura de amor.
Ved.—Locura de riqueza,
de placeres, de egoismo,
de vanidad, de indolencia,
de tonteria; esta es
la que más pronto se llena.
Es una casa de locos
en donde todos se encuentran
amigos y conocidos
ya con la jaula dispuesta.
(Á lord Spencer.) Esta es la caja, milord,
en donde á vuestra grandeza

disecarán, como á insecto
que un alfiler atraviesa.

SPENCER. ¡Un insecto yo, Marqués!

DUQ. (Levantándose, á Murzio.)
No extrañeis que no lo entienda:
como no os le han presentado...
lord Spencer, par de Inglaterra;
duque... enormemente duque,
millonario sin conciencia,
miembro de todos los clubs;
gran amigo de su alteza
el Príncipe real.

MARQ. Intrépido
sportsmen por mar y tierra.

HECTOR. Duelista feroz.

DUQ. Galan
entre galanes.

SPENCER. (Inclinándose.) Duquesa!...

HECTOR. Ocupado especialmente
en la sublime tarea,
de que sus gallos engorden
y sus jockeys enflaquezcan.

SPENCER. Esa impertinencia...

HECTOR. ¡Cómo,
milord! ¿eso impertinencia?
Bien hubierais deseado
que impertinente no fuera
al llegar tres años hace
á Lóndres

SPENCER. Marqués!

HECTOR. Ya es fecha!
Y que el francés emigrado,
ruin juguete de la adversa
suerte, arruinado, proscrito,
olvidara su nobleza
y en un rincon se ocultase
solo, con su compañera,
con su amiga cariñosa,
Calipso, la última perra
de aquella raza carlina
que se ha perdido *per seculam*;
para poder despreciarme

como hombre sin consecuencia
por más que fuese propíncuo
pariente, de raza vuestra.

DUQ. Nunca lo hemos olvidado.

HECTOR. No dejé yo que lo hicierais,
se lo he recordado á todos;
soy quien soy, y era quien era.
Mi nobleza es mas antigua.

SPENCER. Marqués!

HECTOR. Mi sangre es más vieja.

SPENCER. Pero...

HECTOR. Cuando los Gascones
batieron á Julio César,
aun pescaban bacalao
los Normandos en Noruega.
Sí, milord, necesitaba
encontrar aquí mi esfera,
mi ópera, mis relaciones,
el sitial de mi grandeza,
y gracias á mi osadia,
gracias á mi impertinencia,
conservo aquí mi lugar,
aquí todos me respetan
y Lóndres se asombra, al vernos
juntos á mí y á mi perra,
ya llueva ó ya truene, al uno
siempre alegre y con ideas
de color de rosa, á la otra
siempre con la cola negra. (Risas.)
¿No tengo razon?

SPENCER. (Dirigiéndose al fondo con la Duquesa y la Marquesa.)
Este hombre
es una devanadera.

HECTOR. (Á Murzio.) Tome el doctor su cuaderno,
y que apunte lo que vea,
juro que llena las jaulas
en dos minutos apenas. (Óyese un pistoletazo.)
Precisamente ese tiro...
¿sabeis que es eso que suena?

SPENCER. (Mirando al fondo.) Es el comodoro Dunbar.

DUQ. La persona más excéntrica!

MARQ. El ente más estrambótico
de Europa, de Asia y de América.
HECTOR. Misántropo como nadie.
DUQ. Duda de la Providencia.
SPENCER. Cree en el mal de ojo.
HECTOR. Producto
amable de estas risueñas
comarcas, en donde el sol
ó no sale, ó sale á medias.
El hombre esplin.
MURZIO. ¿Qué decis?
DUQ. Doctor, daremos la vuelta
por la esplanada de Richmond,
todo Lóndres viene á ella
y os presentaré á mi tia...
HECTOR. La Biblia con faldas.
DUQ. Débora
de Cardwell.—Tened cuidado
que el cuaderno no se os pierda.
HECTOR. (Ap. á Murzio.)
No se os olvide dejar
jaula para la Duquesa.
(Vánse la Duquesa y Murzio por la derecha.)
MARQ. Lord Spencer, lo dicho dicho:
mil guineas.
SPENCER. Mil guineas.
(Éntranse la Marquesa y su jockey en la tribuna.)
HECTOR. ¿Venis conmigo, milord?
Dunbar en el tiro espera. (Váse.)

ESCENA IV.

LORD SPENCER, PADDY, despues SUSANA.

Paddy sale con una cesta al brazo, la deja sobre la mesa y detiene á Lord Spencer, que se disponia á seguir á Hector.

SPENCER. ¿Qué es esto?
(Paddy señala á la cesta.)
¿Eres tú irlandés?
¿qué llevas en esa cesta?
PADDY. Gallos, milord.

SPENCER. ¿Gallos?
PADDY. Gallos
de Durham, y con espuelas,
que como ingleses se achispan,
y como nobles pelean.
SPENCER. ¡Pues qué! ¿Vendes ahora gallos?
Ya en el Támesis no pescas
los chelines que te arrojan
al agua? dí, buena pieza!
PADDY. Cuando hay pesca, milord, pesco;
pero voy á donde hay fiesta;
y hoy de aquí, de allí mañana,
vivo así hasta que Dios quiera.
(Susana aparece al fondo.)
SPENCER. (Mirando con los lentes al interior de la cesta.)
¡Bravo espolon!
PADDY. ¡Asombroso!
SPENCER. Cierto! mas le falta cresta.
Ve á mi palacio mañana.
PADDY. Como milord me lo ordena.
SPENCER. (Reparando en Susana.)
¿Qué es esto? ¿Esa mercancia
sale tambien de tu tienda,
bribon?
PADDY. Milord, esa jóven
es mi paisana... y muy buena.
SPENCER. No lo dudo. ¿En qué se ocupa,
irlandés?
PADDY. Es encajera.
SPENCER. Unos vuelos me hacen falta.
(Ap.) ¡Vive el cielo que es muy bella!
(Á Susana.) ¿Deseais un parroquiano,
linda miss, y una guinea?
SUSANA. ¿Qué desea vuestra gracia?
SPENCER. ¿Mi gracia? Que la concedas
la tuya. Dame un abrazo
y toma. (Ofreciéndola una guinea.)
SUSANA. ¡Ah! (Con frialdad y retirándose.)
Voy de priesa
y es muy caro; Dios os guarde.
(Diríjese á la derecha.)
SPENCER. (Picado.) Habráse visto la necia!

Junta tu virtud al pan
moreno que te alimenta,
que la guinea va al rio.
(Arroja la guinea al Támesis.)

PADDY. ¡Guinea al agua! ¡Gran pesca!
(Salta al malecon y se arroja al rio.)

SPENCER. ¡Qué fieras son las virtudes
de la Irlanda! Adios, Lucrecia!
(Váse por la derecha.)

ESCENA V.

SUSANA, despues LADY DÉBORA.

SUSANA. Ya es poco la humillacion;
ya he bajado hasta el insulto;
¡orgullo mio! aquí oculto,
desgárrate, corazon!
¿Vendrá esa señora aquí?
Sí, sí, tengo confianza!
¿Y si pierdo la esperanza?
¡desventurada de mí!
(Sale Lady Débora, leyendo en la Biblia.)
¡Ella es! Valor! valor!
(Da un paso y se detiene.)
¡Ah! vanidad! vanidad!

DÉBORA. (Leyendo.) «Haz bien y ten caridad,
que esa es la virtud mayor.»

SUSANA. Dios la está hablando.
(Acercándose.) Señora!...

DÉBORA. ¡Jóven! ¿Qué quereis de mí?

SUSANA. ¿Sois Lady Débora?

DÉBORA. Sí.
Presidenta y protectora
de varias congregaciones
en favor establecidas
de las mujeres perdidas,
los vagos y los ladrones.
¿De mí os venis á amparar?
Bien el cielo os aconseja,
si sois la extraviada oveja
que al redil quiere tornar;
vuestro pecho aliento cobre

que las faltas se redimen.
SUSANA. ¡Es más que falta! Es un crímen!
DÉBORA. ¡Un crímen!
SUSANA. ¡Soy pobre!
DÉBORA. ¡Pobre!
SUSANA. Pobre... y orgullosa!
DÉBORA. Francas
palabras son en verdad
las vuestras, miss.
SUSANA. ¡Ah! Mirad!
estas manos fueron blancas.
Mas si el trabajo ha curtido
el leve cutis que apenas
cubrió el azul de las venas,
limosna nunca han pedido.
¡Nunca! no; se crisparán
antes del hambre al dolor,
que tenderse al vil favor
de un ruin pedazo de pan.
¡El trabajo! ese es mi centro!
el trabajo! hora tras hora!
pero hace ya un mes, señora,
que le busco y no le encuentro.
¡Que Dios así me abandone!
DÉBORA. Ese orgullo no se explica.
SUSANA. He sido rica.
DÉBORA. Vos rica!
SUSANA. ¡Me acuerdo! ¡Dios me perdone!
¡Todo pasó! ¿De qué suerte
pasó? ¡á qué hacer memoria!
es siempre la misma historia,
la ruina... despues la muerte!
Unos suben, otros bajan,
la jóven que rica fué,
se despierta un dia y ve
que á sus padres amortajan.
Los restos de su opulencia
tal vez la dan por tributo
trajes; sí, y uno... de luto!
¡y joyas! ¡si tiene herencia!
se va á Lóndres, que mejor
la miseria y la orfandad

se ocultan de la ciudad
populosa entre el rumor.
En ella sus joyas vende,
tras de las joyas los trajes,
y luego... luego hace encajes;
que bien de encajes entiende.
Por trabajar se desvela,
pero el hábito es tirano;
la no acostumbrada mano
al trabajo se revela.
¡Lucha! Ventura es luchar,
que es señal que Dios le envia;
pero ¡y cuándo llega el dia
que no le quiere enviar!

DÉBORA. ¿Por qué no os habeis llegado
á mí?

SUSANA. Decíroslo quiero!
Por dos motivos. Primero,
señora, porque he luchado
con valor en mi árdua empresa
mientras sola en este mundo
tuve fuerzas.

DÉBORA. ¿Y el segundo?

SUSANA. Es... porque soy irlandesa.

DÉBORA. (Haciendo un gesto de disgusto.)
¡Ah!

SUSANA. ¡Qué bien hice en dudar!

DÉBORA. ¡Sois católica! Lo siento;
ese es un impedimento;
yo tengo que consultar...

SUSANA. ¡Que consultar!...

DÉBORA. Hay razones
tan graves, de tanto bulto!

SUSANA. La pobreza tiene culto
en todas las religiones.

DÉBORA. Sí; mas la congregacion
solamente es protectora...

SUSANA. Pues un irlandes, señora,
vale ménos que un ladron?

DÉBORA. No: y al cumplir mi deber
de otro no me juzgo exenta,
si no como presidenta

bien puedo como mujer;
y esta oferta... (Sacando un bolsillo.)

SUSANA. (Rechazándole.) Me desdora!

DÉBORA. ¿Cómo?

SUSANA. Habeis dado al olvido
que yo limosna no pido
sino trabajo, señora!

DÉBORA. Pero...

SUSANA. Guardad ese don:
pobres no os han de faltar
(Con sarcasmo.)
y de Inglaterra! á pesar
de vuestra congregacion.

DÉBORA. Mis sentimientos humanos
estan á todos dispuestos.

SUSANA. Mil gracias! mil gracias!

DÉBORA. (Dirigiéndose lentamente al fondo derecha.)
Estos
irlandeses, son paganos.
¡No vuelvo de mi estupor!
¡hay más fiera vanidad!

SUSANA. (Con amargura.)
«Haz bien y ten caridad,
que esa es la virtud mayor.»
(Lady Débora se detiene y hace un movimiento para dirigirse á Susana, pero viendo la impasibilidad de esta, váse por el fondo derecha. Susana baja al proscenio izquierda y queda pensativa.)

ESCENA VI.

SUSANA, SHÉRIDAN, en traje de estudiante.

SHERID. (Llegando á la mesa y llamando.)
Mozo!
(Sale un mozo de la taberna.)
Un vaso de aguardiente,
grande! muy grande! al momento.
(Váse el mozo, Shéridan se sienta á la mesa y tira sobre ella un manuscrito.)
Teneis un entendimiento
prodigioso, sorprendente,

me dijo un *escribidor*
devolviéndome mi escrito,
mas sois jóven, y no admito
que debais ser escritor.
Hay cosas aquí en verdad
magníficas, asombrosas,
¡pero escribir estas cosas
sin tener autoridad!
Ese es mucho atrevimiento,
nadie toca aquí el registro,
como no sea ministro
ó miembro del Parlamento.
(Sale el mozo y pone sobre la mesa una botella y un vaso.)
No soy diputado! Bueno!
(Llena el vaso.) Ni ministro. Lo seré!
(Lleva el vaso á los labios.)
Bebamos!

SUSANA. (Deteniéndole.) Esperad.
SHERID. (Deteniéndose.) Qué?
SUSANA. No veis que eso es un veneno?
SHERID. Sois médico?
SUSANA. Yo! Quizá!
Á fuerza de haber sufrido
lo soy.
SHERID. Habeis repetido
una bella frase.
SUSANA. ¡Ah!
La he repetido?
SHERID. Y me pesa
deciros, sábelo Dios,
que no es nueva, antes que vos
la ha dicho Santa Teresa.
Creo que tambien Voltaire,
y si no me engaño, el Dante.
SUSANA. Sois sabio?
SHERID. Soy estudiante
de Oxford; lo que puedo ser;
y licenciado... ¡oh recurso!
tengo títulos con orla,
y doctor! tomé la borla
con orquesta y con discurso.

Pero soy mal matemático
por mi aficion á lo estético.
y político-poético,
y ex-cátedra, catedrático.
Segun Goldsmith, ser profundo,
y segun Shakspeare, vacio;
¡tanto soy que desconfio
de ser ya más en el mundo!

SUSANA. Cómo?

SHERID Tambien por mi mal
de comedias soy autor
y testarudo escritor
de economia social.
Mas las comedias no aciertan
el camino del proscenio,
y los rasgos de mi ingenio
los periódicos no insertan.
Pero tengo libertad,
y si quiero, bebo y duermo.
(Extendiendo el brazo en ademan de que le tome el pulso.)
Ya conoceis al enfermo,
decidme la enfermedad.

SUSANA. Es peste de maldicion,
que el mundo llama pobreza;
el amor propio, bajeza;
desaliento, el corazon.

SHERID. Me admirais?

SUSANA. ¿Qué decis?

SHERID. Sí,
pronto lo habeis comprendido!

SUSANA. Por qué?

SHERID. Mucho habreis sufrido
para adivinarlo así.

SUSANA. No hableis de eso por favor!

SHERID. ¿Por qué?

SUSANA. De mí no se trata.

SHERID, ¿De quién?

SUSANA. De vos. Ved que os mata
ese terrible licor.

SHERID. Eso qué puede importar!

SUSANA. Tan desesperado os veis!

SHERID. Desesperado! ¿Sabeis
por quién iba yo á brindar?
(Alzando el vaso.)
Por mí! por esa menguada
multitud dada al olvido,
que ni será, ni es, ni ha sido.
Por los que no valen nada!
SUSANA. Nada!
SHERID. La casualidad
me pone en tan ruin bajeza
aunque la naturaleza
me dió fuerza y voluntad.
¿Mas de qué sirve el trabajo
si en la suerte todo estriba?
¡Qué vale mirar arriba
estando sujeto abajo!
Yo soy esa criatura
que el mundo llama poeta,
un alma apenas sujeta
del cerebro en la estrechura.
Yo soy ese pensador
que vaga por el confin
del mundo, y ve pobre y ruin
lo que bulle en derredor.
¡Tanto sé! de ciencia estallo!
yo ya qué más necesito?
sé el hebreo, hasta el sanscrito!
hasta domar un caballo!
sé tañer y sé danzar,
y porque no falte nada
con pistola y con espada
me enseñaron á matar.
Es poderoso el influjo
de esta ciencia peregrina,
sin una libra esterlina
soy un animal de lujo.
Raza fiera de Cain
si al oro por tu Dios tomas,
te devuelvo mis diplomas,
que no valen un chelin.
Ya no quiero luchar más;
¡qué sirve tu fuerza, Atlante,

si el alma grita, *adelante*!
y el mundo responde, *atrás*!

SUSANA. (Ap.) ¡Cielos!
(Alto, con vivacidad.) No teneis razon,
arribareis.

SHERID. (Dejando el vaso.) En buen hora!
(Fijando en él su vista.)
¡Triaca consoladora
de la desesperacion!
(Á Susana.) Si vos hallais algun medio
para dolencia tan dura,
consiento en ponerme en cura,
dadme el remedio.

SUSANA. (Vacilando.) El remedio...

SHERID. Sí.

SUSANA. Yo!

SHERID. (Sonriéndose.) Os veo vacilar!
Doctor, doctor, por mi vida,
vos sabeis sondar la herida
mas no la sabeis curar.

SUSANA. (Vivamente.) Yo tengo un presentimiento;
¿creeis en ellos? Yo sí.

SHERID. ¿Por qué?

SUSANA. Irlandesa nací.

SHERID. (Dejando el vaso.)
Yo tambien.

SUSANA. ¿Vos? ¡Oh portento!
¿vos sois de Irlanda?

SHERID. En su blanda
cuna alboreó mi vida.

SUSANA. ¡Oh! nuestra Irlanda querida!

SHERID. (Tomándola la mano, conmovido.)
Sí, nuestra querida Irlanda!
(Quedan un momento en silencio.)

SUSANA. Así lo que á decir voy,
no lo extrañareis; oid,
y mi consejo seguid;
¿me dais palabra?

SHERID. Os la doy.

SUSANA. (Señalando al banco.)
En esa piedra que veis,
llamada el banco de espera,

vienen para la carrera
amo á buscar los jockeys.

SHERID. ¿Y bien?

SUSANA. Sentaos ahí
sin incertidumbre alguna;
presiento que la fortuna
va á pasar hoy por aquí.

SHERID. (Despues de una vacilacion sarcástica.)
Bien! la esperaré.
(Susana saluda y se dirige al fondo.)
¿Ya os vais?

SUSANA. Soy pobre: en buscar me afano
el sustento cotidiano.

SHERID. Esperad ¿cómo os llamais?

SUSANA. Susana O'Donnor. ¿Y vos?

SHERID. Susana! En mi mente guardo
vuestro nombre.

SUSANA. ¿Y vos?

SHERID. Ricardo
Shéridan.

SUSANA. (Retirándose.) Adios.

SHERID. (Con tristeza.) Adios.
(Cuando Susana llega al fondo, Shéridan exclama.)
Susana está en mi memoria.

SUSANA. Ricardo va con la mia.
Repetídmele algun dia
resplandeciente de gloria.
(Váse.—Shéridan la mira salir, se dirige á la mesa, toma el sombrero y mirando al banco, dice:)

SHERID. ¡Quién sabe! (Siéntase en el banco.)

ESCENA VII.

SHÉRIDAN, LORD DUNBAR, HECTOR.

Lord Dunbar y Hector salen disputando de la taberna.

DUNBAR. No puede ser!

HECTOR. Cuando mi labio os lo afirma!

DUNBAR. ¡Es imposible! ¡Matar
á balazos golondrinas!

HECTOR. Y mosquitos.

DUNBAR. Esto pasa
ya de raya, eso es mentira.
HECTOR. ¡Comodoro!
DUNBAR. No lo creo.
HECTOR. Pero esa injuria gratuita...
DUNBAR. ¿Quién se vale de coleópteros
para que de blanco sirvan?
HECTOR. ¿De qué os valeis vos?
DUNBAR. De un rey
destronado de una isla
polinesia.
HECTOR. ¿Eso es posible?
DUNBAR. Mi lacayo! ¿Qué os admira?
HECTOR. ¿Era blanco?
DUNBAR. No: era negro.
HECTOR. ¡Ah!
DUNBAR. Lo blanco era una pipa.
HECTOR. ¿Os la tenia en la mano?
DUNBAR. En los dientes.
HECTOR. Dios me asista!
DUNBAR. Yo á treinta pasos tiraba
y al primer tiro caia.
HECTOR. Nunca tal rey os he visto;
¿se ha retirado á las Indias?
¿abandonó los negocios?
DUNBAR. ¡Ay! sí, marqués, y la vida!
HECTOR. Contad cómo fué.
DUNBAR. Yo quise
ejercitarme la víspera
de una apuesta de importancia
en el tiro; una maldita
mosca me picó en la frente
al disparar; yo la vista
torcí, y el rey se movió.
HECTOR. Y qué!
DUNBAR. Que cayó en seguida.
HECTOR. La pipa?
DUNBAR. Y el rey tambien.
HECTOR. ¡Ah! tambien!
(Momento de silencio.)
Lo sentiriais.
SHERID. (Ap.) Pues el rey... no digo nada.

HECTOR. Cuando echeis la vista encima
á otro rey indio, avisad.
DUNBAR. Eso es fácil! cualquier dia.
HECTOR. (Incrédulo.) Eh! eh! eh!
DUNBAR. De mi destreza
por acaso dudariais?
HECTOR. Yo? Jamás.
DUNBAR. Bien.
(Llamando.) Atkins! Atkins!
ATKINS. (Por la derecha.) Milord.
DUNBAR. Acércate.—Mira,
trae pipas aquí y pistolas.
(Váse Atkins; á Hector.)
Vereis qué mano tan fina!
Os poneis á treinta pasos,
tomais la pipa...
HECTOR. ¡La pipa!
DUNBAR. Yo tiro.
HECTOR. Sobre mí, no.
DUNBAR. Aunque os ate de una encina.
Vais á servirme de blanco.
HECTOR. ¿Yo de blanco? No en mis dias,
(Sale Atkins con una caja de pistolas y una bandeja con pipas de diferentes tamaños, y las deja sobre la mesa.)
soy extranjero; inviolable!
DUNBAR. (Exasperado y sentándose á la mesa.)
¡Vive Dios! Cuarenta libras
diera yo por encontrar
hombre de tal valentia
que mi porta-pipas fuera.
SHERID. Yo soy vuestro porta-pipas;
aquí está el hombre, milord.
DUNBAR. (Levantándose.)
¿Vos?
HECTOR. No espereis que permita...
DUNBAR. ¿Quién?...
SHERID. (Levantándose.) Ricardo Brinsley Shéridan
de Dublin.
DUNBAR. Bravo!
HECTOR. Delira!
DUNBAR. Sois un excelente jóven.

Marqués, ya vereis qué risa.
Os voy á ganar la perra;
la de la raza carlina. (Toma una pistola.)

HECTOR. Esto es una chanza solo;
yo no acepto la partida.

SHERID. (Acercándose á la bandeja y eligiendo una pipa.)
Yo sí la acepto.

HECTOR. (Dándole una pipa larga.) Tomad,
esta es larga.

SHERID. (Tomando una corta.)
No: esta chica. (Rompe el cañon.)

HECTOR. ¿Qué haceis?

SHERID. Romper el cañon;
De otra manera no habria
emociones ni interés.
(Movimiento de lord Dunbar y de Hector.)

DUNBAR. Tomad las cuarenta libras.

SHERID. (Tomándolas.) Gracias, milord.—Esperad
á que tome mis medidas.
(Figura espantar las moscas.)

DUNBAR. ¿Qué haceis?

SHERID. Espantar las moscas.

DUNBAR. ¡Ah! ya!

SHERID. Precaucion precisa.

DUNBAR. No me extraña!... Recordais...

SHERID. Á aquel rey de Oceania.
Ahora... estoy á vuestras órdenes.
(Colócase al fondo con la pipa en la boca.)

HECTOR. (Á lord Dunbar.) Cuidad no torcer la vista;
ved si está la mano firme;
ved si el pulso no vacila.

DUNBAR. Dejadme en paz!

HECTOR. No tireis
hasta hacer bien punteria.

DUNBAR. ¿Temeis que os gane la apuesta?
(Monta la pistola y apunta.)
dad las tres palmadas.
(Hector da tres palmadas, Lord Dunbar tira, y rompe la pipa.)

HECTOR. ¡Viva!
Os lo juro, comodoro;
ganar la apuesta temia.

SHERID. Cada cual su confianza
sabe en quien la deposita.
HECTOR. ¡Á eso llama confianza!
DUNBAR. (Conmovido.) Sois mozo de gran valía,
señor Shéridan
SHERID. (Inclinándose.) Lord Dunbar!
DUNBAR. Tuve en vos la vista fija,
y de vuestra posicion
no os movisteis, ni una línea;
venga esa mano. Yo espero
que de vos tendré noticias
y que seremos amigos.
SHERID. Tanta honra, milord, me obliga.
(Óyese una campana.)
DUNBAR. Dispensadme! Ya olvidaba...
Las carreras se aproximan
y soy campeon... Adios.
SHERID. (Saludando.) Lord Dunbar!
(Váse lord Dunbar por el fondo.)
HECTOR. (Á Shéridan, dándole la mano.) Os doy albricias.
SHERID. ¡Ah señor marqués!
HECTOR. (Ap. al irse.) Si gano,
no sé qué hago, ¡voto á cribas!
(Váse Atkins, quita de la mesa la caja y las bandejas.)

ESCENA VIII.

SHÉRIDAN, luego PADDY.

SHERID. (Sonando el dinero en la mano.)
Mi ciencia en la sociedad
ni una libra representa,
y hoy he ganado cuarenta
con una barbaridad.
Susana ha dado en el blanco:
¿estará cerca de aquí
la fortuna? Tal vez sí. (Con seguridad.)
Sí: volvámonos al banco;
no hemos de ver siempre negro
lo porvenir.

(Dirígese al banco.—Paddy sale corriendo y sin ver á Shéridan, tropieza violentamente con él, Shéridan le da un puñetazo.—Paddy da un salto atrás y se pone en actitud de boxar.)

PADDY. ¡Perro inglés!

SHERID. Perro inglés? Es irlandés.
¡Oh compatriota!

PADDY. (Dejando su actitud, frotándose la cabeza y tomando una expresion entre regocijo y dolor.)
Me alegro.
¿Pero por qué, voto al diablo,
no avisais?

SHERID. ¿Yo? Bueno fuera:
¡quién te para en tu carrera,
si corres como un venablo!

PADDY. Fuí la guinea á pescar
que lord Spencer arrojó.

SHERID. ¿Y la has encontrado?

PADDY. No:
hoy me quedo sin cenar.

SHERID. Tú aquí, pobre Paddy, tú?

PADDY. Yo? Yo siempre he estado aquí.

SHERID. (Dándole dinero.) Toma: por lo que te dí.

PADDY. ¡Seis libras! Por Belcebú!
Seis! (Cuadrándose.) ¿Qué teneis que mandar?

SHERID. Nada, Paddy.

PADDY. (Con gravedad y sentimiento.) ¿No? Pardiez!
necesitadme una vez,
que yo os lo quiero pagar.

SHERID. Tus palabras son sinceras.
Gracias. (Le tiende la mano.)

PADDY. ¡Ah, me dais la mano!

SHERID. Eres pobre, eres mi hermano.
(Óyese un clarin.)

PADDY. Las carreras... ¡las carreras!...
(Gente del pueblo y jockeys penetran por todas partes.—Paddy se mezcla entre ellos.—Shéridan se sienta en el banco.)

ESCENA IX.

SHÉRIDAN, la MARQUESA, LORD SPENCER, la DUQUESA, MURZIO, despues TOBIAS, luego el COMISARIO.

MARQ. (Empujando á su jockey, que trae una silla de montar á cuestas.)
Sensitiva! marcha pues!

MURZIO. (Que ha salido con la Duquesa y lord Spencer.)
Perdeis, señora Marquesa.

SPENCER. Ya lo creo!

MARQ. Cuenta es esa
que arreglaremos despues.
(Empuja á su jockey, y entra con él en la tribuna.)

DUQ. (Á Lord Spencer.)
Famoso caballo!

SPENCER. (Con importancia.) Sí.

DUQ. Triunfareis.

SPENCER. Así lo espero.
Dispensad, Duquesa; quiero
prepararme.
(Besa la mano á la Duquesa, despues se dirige á la derecha y llama.)
Ven aquí,
Tobias.
(Tobias sale trayendo dos casaquillas de jockey, dos casquetes, un cinturon y un neceser que pone sobre la mesa.—Detrás de Tobias sale el negrito con un espejo en la mano.)

DUQ. Con que á vencer.

SPENCER. No es muy difícil la empresa.

DUQ. Vamos?

MURZIO. (Ofreciéndola el brazo.)
Señora Duquesa...
(Shéridan se ha levantado y ve á la Duquesa: sus miradas se encuentran. Murzio y la Duquesa entran en la tribuna.)

SHERID. Vive el cielo! Qué mujer!
(Dirígese á la entrada de la tribuna.)

SPENCER. Yo triunfaré: de seguro.

SHERID. (Leyendo un cartel que hay á la puerta de la tribuna.)
Peligrosa es la partida.
Nueve... y doce, ¡por mi vida!
mucho es!... Acequia!... muro!...

SPENCER. (Que se está preparando y peinándose al espejo, que sostiene el negrito,)
Vamos!

SHERID. Milagro será
que no haya desgracia alguna.
Voy á ver... (Va á subir á la tribuna.)

COM. (Apareciendo.) Es la tribuna
del Jockey-club.

SHERID. Sí, eh? Ya!
Noticia.
(Tira de la mesa en donde estan los avios de lord Spencer.)
Sobre esta mesa
quizás lo vea mejor.

TOBIAS. Las chaquetas de milord.

SHERID. (Arrojándolas sobre Tobias, que al mismo tiempo recoge los casquetes, el neceser y el cinturon.)
Ahí estan.

SPENCER. Apriesa! apriesa!
(Shéridan lleva la mesa al fondo y se sube sobre ella para mirar al otro lado.)

TOBIAS. ¿Qué chaqueta en este instante
vuestra gracia quiere honrar?

SPENCER. (Que continúa mirándose al espejo sostenido por el negrito.)
Color de rata polar.

TOBIAS. Rata vencida ó triunfante?

SPENCER. Triunfante: así me remonto
en este combate hípico
con un epíteto típico.

SHERID. (Mirando á Lord Spencer desde la mesa.)
Ese lord por fuerza es tonto.
(Lord Spencer se pone la casaca de ceremonia.—Música fuera.—Gritos y aplausos en la tribuna.)

SPENCER. Ya creo que empiezan?

TOBIAS. Sí,
milord, ya se ha comenzado.

COM. (Saliendo de la tribuna.)
Lord Spencer, preparado!
Comodoro!...

SPENCER. No está aquí.

(El Comisario entra en la tribuna.)

SHERID. (Sobre la mesa.) Ese es el de la destreza
con las pipas. ¡Qué manias!

SPENCER. Dame el bálsamo, Tobias,
de vigor y fortaleza.

(Tobias saca un frasco del neceser.—Lord Spencer derrama su contenido en las muñecas.)

SHERID. (Desde la mesa á Lord Spencer.)
Mirad! mirad por aquí,
algo debe haber pasado
al Comodoro.

SPENCER. (Frotándose las muñecas.)
¡Qué osado!
(Á Tobias.) Contéstale tú por mí.

TOBIAS. Caballero...

SHERID. (En la mesa.) Paso, amigo!
¿no se digna contestar?
Mi lacayo va á llegar,
él se entenderá contigo.

SPENCER. Insolente!

COM. (Saliendo.) Estais ya?

SPENCER. Sí.

COM. Falta el Comodoro.

SPENCER. ¡Y qué?

COM. ¿Cómo no está?

SPENCER. No lo sé.

COM. Pero...

SPENCER. ¿Qué me importa á mí?
Corro solo y triunfo yo
si el contrario se demora.
¿Qué plazo hay?

COM. Un cuarto de hora.

SPENCER. ¿Cómo no hay aquí un reló?
¡Qué descuido! Lo primero
falta en estas ocasiones?

COM. No sé, milord.

SPENCER. Son razones...
razones...

SHERID. (Desde la mesa.) De relojero.
SPENCER. ¡Qué atrevido es el chiquillo!
Mas qué veo! Dunbar viene!
(Dirigiéndose á él.)
Dunbar!
DUNBAR. (Saliendo rápidamente por el fondo.)
Mi caballo tiene
coronado el menudillo!
(Cesa la música.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, LORD DUNBAR.

SHERID. ¡Ah!
DUNBAR. Ya no puede correr!
Eclipse, un potro soberbio!...
¡voto al diablo!
SPENCER. Sí que es lástima!
DUNBAR. Solo á mí le pasa esto!
SPENCER. Pero en fin, cómo ha de ser!
DUNBAR. Mas para todo hay remedio:
contando con vos, milord,
ordené el caballo negro
ensillar, pues del *Eclipse*
por hoy disponer no puedo.
SPENCER. ¿En contra del *Capuchino*?
estais loco, ¡vive el cielo!
DUNBAR. Y por qué?
SPENCER. Si mi caballo
pesa ochenta libras ménos;
el partido no es igual.
DUNBAR. Traed vuestro potro oveso
y correrá con el mio.
SPENCER. Lord Dunbar, mucho lo siento;
con el Capuchino dije
que correria, y no cejo.
DUNBAR. Pues milord, correreis solo.
SPENCER. Solo: lo estaba diciendo
cuando llegasteis.
DUNBAR. Entónces...
SHERID. (Desde la mesa.) Eso es robar el dinero.
SPENCER. (Volviéndose.) Y á vos, quién os mete?

DUNBAR. Shéridan!
SHERID. (Saltando de la mesa.)
El mismo; al servicio vuestro.
DUNBAR. ¿Qué decis?
SHERID. Yo, Comodoro,
si no os ofendeis, me ofrezco
á correr vuestro caballo
contra el Capuchino.
SPENCER. ¡Bueno!
este tambien está loco.
DUNBAR. ¿Y osais?
SHERID. Á todo me atrevo;
á saltar muro y acequia.
DUNBAR. ¿Estais en vos?
SHERID. Y os prometo
que se quedará lord Spencer
detrás, diez ó doce cuerpos
de caballo.
SPENCER. ¡Oh! don Quijote!
SHERID. Y vos Sancho, su escudero.
DUNBAR. ¿Aceptais, milord?
SPENCER. ¡Pues no!
con toda el alma lo acepto.
DUNBAR. Es un arrojo increible;
pero vos podeis tenerlo,
nadie os conoce.
SHERID. Y así
podré hacer conocimientos,
¿no es verdad?
SPENCER. Hablemos claro;
¿va de veras?
SHERID. Ya lo creo;
va tan de veras, milord,
como de veras os venzo.
DUNBAR. Doblo la apuesta.
SPENCER. Y yo admito.
DUNBAR. (Á Shéridan.)
Pues entonces venid presto. (Váse.)
SPENCER. Seguidme, mancebo audaz!
SHERID. Ahora vos pasais primero;
pero despues...
SPENCER. Ahora... y siempre.

SHERID. Delante ahora: detrás luego.
SPENCER. Lo veremos, señor mio. (Váse.)
SHERID. Milord, sí que lo veremos.
(Va á seguir á lord Spencer, pero se detiene al ver por el fondo izquierda á lady Débora, dando el brazo á Susana.)

ESCENA XI.

SHÉRIDAN, LADY DÉBORA, SUSANA.

DÉBORA. Venid, hija mia.
SHERID. (Al verla.) Vos!
Susana! ¡cuánto me alegro!
Un presagio favorable
es para mí vuestro encuentro,
el ángel de la Esperanza
que sobre mí tiende el vuelo.
He aplicado la receta
que me disteis, señor médico,
y he encontrado ya un camino
que va á la suerte derecho.
SUSANA. Vos?
SHERID. Ayudadme, Susana,
tan solo con el deseo,
y á la grupa os traigo asida
la fortuna del cabello.
SUSANA. Ricardo! con toda mi alma.
SHERID. Gracias! Ahora nada temo.
SPENCER. (Dentro.) ¿No venis?
SHERID. Ya voy, milord.
(Váse rápidamente saludando á Susana.)
DÉBORA. ¿Conoceis á ese mancebo?
¿quién es?
SUSANA. Apenas lo sé:
ha sido un casual encuentro;
los dos somos irlandeses,
y esta mañana hallé medio
de mitigar algun tanto
su pesar y desaliento.
DÉBORA. Con que cuando os rechacé,
disteis alivio y consuelo

á otros seres infelices
como vos, ó tal vez ménos!

SUSANA. Haz bien, y ten caridad,
dice el libro.

DÉBORA. ¡Voz del cielo!
Por eso sentí al marcharme
punzantes remordimientos,
por eso torné mis pasos
para buscaros, por eso.

SUSANA. ¡Cuán buena sois!

DÉBORA. Hija mia!
Ya sois dichosa, ya os tengo
buscada colocacion
en mi propia casa; quiero
que la Duquesa aproveche,
Susana, vuestros ejemplos.
Llevaros quiero á su lado.

SUSANA. ¿Cómo os pago lo que os debo?

DÉBORA. Amándome.
(La da un abrazo.—Rumor fuera.—Música.)

SUSANA. Si un favor
me hicierais!...

DÉBORA. Decid.

SUSANA. Anhelo
ver el fin de las carreras.

DÉBORA. ¡Qué horror! Nosotras en medio
de esos hombres.

COM. (Dentro.) ¡Fuera! atrás!

VOCES. (Id.) Ya salen!

DÉBORA. ¿Pero qué es esto?
(Sale el pueblo corriendo.)

PUEBLO. Por aquí! Por aquí!

DÉBORA. ¡Huyamos!
Que vienen los cananeos.
(Vánse primer término izquierda.)

ESCENA XII.

LORD DUNBAR, HECTOR, luego PADDY, PUEBLO.

HECTOR. (Precipitándose en la escena.)
¡Ya han partido!

DUNBAR. (Id.) ¿Ya han partido?
Marqués, no tenemos tiempo
de subir á la tribuna.
(Salta sobre la mesa donde estuvo Shéridan.)
Aquí!
(Salta Hector tambien sobre la mesa.)
¿Los veis?
HECTOR. Bien los veo!
Juntos van! ¡Hála, irlandés!
Veinte guineas apuesto
por ese casquete blanco.
VOZ. Van! (En la tribuna.)
HECTOR. ¿Quién es?
DUNBAR. Lord Melvil, creo.
PADDY. (Saliendo y saltando sobre un hombre.)
Un penique y diez puñadas
por el irlandés.
HOMBRE. Van.
PADDY. Bueno.
Pues tomad á buena cuenta.
(Dale un puñetazo en la cabeza y salta al suelo.—Risas.)
DUNBAR. ¡Cómo salta! ¡Es un portento!
HECTOR. ¡Ah!
DUNBAR. ¡Ah! Spencer le adelanta!
(Gran tumulto.—Cesa la música.)
HEGTOR. ¡Bravo!
VOCES. (Dentro.) ¡Hurra, hurra!
DUNBAR. ¡Soberbio!
Cayó Spencer en la acequia.
(Saltan de la mesa.)
Gané la apuesta!
HECTOR. ¡Me alegro!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, PADDY, despues SHÉRIDAN y PUEBLO, luego el COMISARIO, finalmente TOBIAS y LORD SPENCER.

PADDY. (Corriendo.) Hip! hip! hurra por Irlanda!
HECTOR. ¿Los has visto?
PADDY. Sí por cierto.

Eso es correr! eso es
saltar bien, voto al infierno!

DUNBAR. ¡Y lord Spencer!

PADDY. En la acequia.

HECTOR. Qué remojon!

PADDY. Ya lo creo!
Lo ménos... á los tobillos
llegó el agua.

HECTOR. Poco es es eso.

PADDY. Es que cayó de cabeza;
el caballo dió un tropiezo...

DUNBAR. El Capuchino!

PADDY. ¡Qué fraile!
ese es un fraile de mérito.
(Volviéndose.) Ya está aquí Shéridan! ¡Viva!

PUEBLO. (Que sale con Shéridan.)
¡Viva Shéridan!

PADDY. (Tirando la gorra.) Al cielo
las gorras!
(Todos tiran al aire los sombreros.)

DUNBAR. (Á Shéridan) Sois el primer
sportsmen de los tres reinos.
(Paddy ha sacado un asiento.—Shéridan se sienta.)

HECTOR. (Á Shéridan.)
Saltais con una elegancia!

PADDY. Les ha metido el resuello
á los ingleses.

HECTOR. (Apretando la mano á Paddy.)
¡Valiente!

SHERID. (Dando dinero á Paddy.)
Paddy, toma ese dinero,
repártelo.

PADDY. (Repartiendo el dinero en el pueblo.)
¡Viva Shéridan!

TODOS. ¡Viva!
(Sale el Comisario con un estuche en la mano.)

HECTOR. Silencio!

DUNBAR. Silencio.

COM. El señor Ricardo Shéridan.

PADDY. Aquí! aquí! este es.

COM. (Á Shéridan.) Vengo
en nombre del Jockey-club...

TODOS. ¡Viva!
COM. Á entregaros el premio;
este alfiler de brillantes.
SHERID. (Tomándole.)
Yo con gran placer le acepto,
y me considero honrado;
dad gracias.
(Examinándole.) Y está bien hecho.
TOBIAS. (Al fondo.) Plaza! plaza! Sitio! sitio!
(Todos se apartan.—Tobias baja á la izquierda y pone una silla junto al banco. Dos criados sacan á lord Spencer y le colocan en la silla. Viene pálido y envuelto en un cobertor.)
PADDY. Calado está hasta los huesos!
Arriesgarse á estos percances
teniendo tanto dinero!
SPENCER. (Con despecho.) Recibid... mi enhorabuena;
me vencisteis... no lo niego,
si el caballo no se vierte
por el cuarto delantero...

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, LA DUQUESA, LA MARQUESA, despues UN CABALLERO.

DUQ. No os hubierais remojado (Risa general.)
SPENCER. Tobias; señoras. (Procurando levantarse.)
(Tobias le ayuda á levantar y quita la silla.)
DUQ. ¡Oh!
HECTOR. ¿Qué es eso? (Acercándose.)
DUQ. Que se enganchó
la blonda, y se ha desgarrado.
Quisiera prenderla ahora;
¿en dónde habrá un alfiler?
(Todos procuran buscar un alfiler.)
SPENCER. Tobias, mi neceser.
SHERID. (Acercándose y ofreciendo el alfiler de brillantes á la Duquesa.)
¿Alfiler? Tomad, señora.
DUQ. ¿Qué me ofreceis? (Con altivez.)
SHERID. Perdonad!

DUQ. Muy rico sois, señor mio.
(Shéridan, despues de un momento de vacilacion, rompe la cabeza del alfiler, y arroja los brillantes al rio.—Movimiento general.)

PADDY. Los brillantes tiró al rio,
estos no escapan.
(Salta sobre el banco y desaparece por el fondo.)

SHERID. (Ofreciendo el resto del alfiler á la Duquesa.)
Tomad.

DUQ. ¡Ah! qué habeis hecho? Por Dios,
sacrificio sin provecho.

SHERID. (Inclinándose.)
Siempre á las reinas se han hecho,
desde Cleopatra á vos.

DUQ. Pero eso es una locura;
yo no soy reina, y ahora...

SHERID. (Inclinándose.)
¿Quién os disputa señora
el trono de la hermosura?

DUQ. Gracias.
(Toma el alfiler con mucha finura.)
En la córte mia
la prenda mejor faltaba,
pero no me figuraba
que tan pronto la hallaria:
en ella os quiero encontrar.
(Shéridan se inclina profundamente.)

SPENCER. Reventando está de gozo!
Este mocito... este mozo!...
Claro! me empieza á escamar.
(Sale un caballero de la tribuna hablando con un oficial. Todos se descubren. Ve á la Duquesa y la saluda; despues dirigiéndose á Shéridan que no le ha visto, le pone la mano en el hombro. Shéridan se vuelve.)

CAB. Mi parabien recibid:
si tienen valor igual
lo físico y lo moral,
mucho alcanzareis... Venid,
Duquesa.
(Da la mano á la Duquesa y vánse por la derecha.)

SPENCER. Me desespero!

lo fisíco! no, la suerte!
¡si el caballo no se vierte
por el cuarto delantero!
Vamos, Tobias! (Saludando.) Marqués...
Milord...
(Mirando á Shéridan.) ¡Jum!
(Váse sostenido por Tobias. El marqués da la mano á la Marquesa y se retiran con los demas personajes. Comienza á anochecer.)

ESCENA XV.

LORD DUNBAR, SHÉRIDAN.

DUNBAR. ¿Qué decis?
SHÉRID. ¿Yo?
DUNBAR. ¿No le conocisteis?
SHÉRID. No.
DUNBAR. ¿De veras?
SHÉRID. No sé quién es.
Como no lleva señales...
es par?... duque?... general?
ministro?
DUNBAR. Es su Alteza real!
SHÉRID. ¿Cómo?
DUNBAR. El príncipe de Gales;
y ya le oisteis decir...
(Apretándole la mano.)
Yo mi enhorabuena os doy;
conque hasta mañana. (Váse.)

ESCENA XVI.

SHÉRIDAN.

(Mirando alrededor.) ¿Y hoy?
No tengo donde dormir!
(Echando mano al bolsillo.)
¡Las guineas!... Las he dado
á los que me han aplaudido.
¡Ah! ¡bien gastadas han sido!

sí, bien dadas han estado!
(Mirando al banco.)
Aquí dormiré mejor,
que aquí la fortuna se halla
sobre el campo de batalla
duerme siempre el vencedor.
(Siéntase en él.)
Lo porvenir no me arredra!
Irá mi nombre á la historia?
la gloria...
(Tropieza con la mano en el banco.)
¡Qué triste gloria
que dá por lecho una piedra!
(Con desprecio.)
Pero... si el mundo es así,
merece un desden profundo!
(Reflexivo.)
¿Iré yo detrás del mundo
ó el mundo detrás de mí?
(Con entusiasmo.)
¡Susana! tu fe ejemplar
me da valor en mi empresa.
El príncipe... la Duquesa!...
¡Ea! á dormir!... á soñar!
(Embózase en su playd y tiéndese en el banco. Cao el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon lujosamente adornado en casa de la Duquesa. Fondo cerrado con portieres. Derecha: puerta que conduce al aposento de la Duquesa.—Un confidente. Izquierda; primer término, chimenea, segundo, puerta, velador con libros y periódicos.

ESCENA PRIMERA.

LORD SPENCER, UN CRIADO, despues HECTOR.

SPENCER. ¿Recibe?
CRIADO. Sí, milord.
SPENCER. Bien:
anunciadme.
(Viendo á Hector que sale del aposento de la Duquesa.)
No: aguardad;
no me anuncieis todavia;
con el Marqués quiero hablar.
(El Criado saluda y se retira por el fondo.)
HECTOR. ¡Qué cara teneis, milord,
¿estais enfermo?
SPENCER. No tal.
HECTOR. ¿Se pasó ya el constipado?
SPENCER. Marqués; á qué recordar?...
HECTOR. ¿Y aquel cuarto delantero

se va corrigiendo ya?
SPENCER. (Desentendiéndose.)
¿Habeis visto á la Duquesa?
HECTOR. En su tocador la hallais.
SPENCER. Ya sabreis la gran noticia
que corre?
HECTOR. Yo no sé. ¿Cuál?
SPENCER. Á mí en el club me la han dado.
Nadie se puede explicar...
HECTOR. Pero el qué?
SPENCER. ¿Qué? que á su Alteza
presentan á ese truhan
de Shéridan.
HECTOR. ¿Cómo?
SPENCER. Al Príncipe
de Gales.
HECTOR. Lo oí contar.
La Duquesa me lo ha dicho,
cierto. (Se sienta.)
SPENCER. En el té que nos dá.
HECTOR. Esta noche.
SPENCER. ¿Y no os parece
eso un poco singular?
HECTOR. ¿Y por qué?
SPENCER. ¿Qué resultado
la presentacion dará?
HECTOR. Proteger á ese mancebo;
abrirle de par en par
las puertas del mundo, en donde
entró cuatro meses há
bailando en la cuerda floja
con gusto y habilidad.
SPENCER. ¡Ya!
HECTOR. Le agradó á la Duquesa
su manera de bailar.
SPENCER. La Duquesa está demente.
HECTOR. Demente? Vos lo estais más;
ya treinta años ha cumplido.
SPENCER. Y qué!
HECTOR. ¿No lo adivinais?
Es la edad de las pasiones
rabiosas; crítica edad!

SPENCER. Pero que sepa elegir.
HECTOR. No creo que elige mal.
(Sonriéndose.) Ese jóven irlandés
es muy sabroso manjar.
SPENCER. Un quidam? un poetastro,
un intruso, un perillan,
un perdido, sin más mérito
que ser buen mozo y audaz.
HECTOR. (Levantándose.) Será lo que vos decis;
pero no podeis negar
que para saltar acequias
se da una maña especial.
SPENCER. ¿Eso lo decis por mí?
HECTOR. Y podeis imaginar!...
SPENCER. Si tengo que ahogarle yo!
si va á haber necesidad!
si hay que librar á Inglaterra
de ese feroz animal.
Segun lo que os he escuchado,
creo que inútil será
intentar á la Duquesa
convencer?...
HECTOR. No hay que pensar.
SPENCER. Pues renuncio á mi visita,
y preparemos mi plan;
las medidas necesarias
tomaremos...
(Prepárase á marchar. Débora sale por la izquierda y le detiene con el ademan.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, LADY DÉBORA.

DÉBORA. Esperad.
SPENCER. Lady Débora.
DÉBORA. Milord,
un momento; no os vayais.
SPENCER. ¿En qué puedo complaceros?
DÉBORA. ¡Oh monstruo de iniquidad!
Os debe tragar la tierra
como á Abiron y á Datan.

SPENCER. Señora!
DÉBORA. Yo bien sabia
que erais hermano carnal
del filisteo Magog,
que logró sacrificar
las vírgenes de Betulia
á su apetito sensual.
SPENCER. Señora!
DÉBORA. Pero ignoraba
que á vuestra voracidad,
no hay seguro, no hay asilo,
no hay sagrado, no hay altar.
HECTOR. La señora presidenta
tiene razon; es verdad.
SPENCER. Yo no os entiendo.
DÉBORA. Milord,
¿no me entendeis? no mintais.
SPENCER. Por Dios!... por Dios!... yo...
DÉBORA. Silencio!
SPENCER. Os aseguro...
DÉBORA. Callad!
(Con uncion.)
Tomé bajo mi custodia
por prevision celestial
á una jóven sin amparo
que vi en el mundo vagar,
expuesta á los seductores
engaños de Satanás.
La acogí bajo mi techo;
la dí abrigo, la dí pan,
y fué para ella esta casa
arca de seguridad.
SPENCER. (Á Hector.) ¡Ah! miss Susana!
HECTOR. ¿La haceis
el amor?
SPENCER. Sí; por variar.
DÉBORA. Pero la séptima bestia,
aquella de que habla Juan
en su Apocalipsis, quiso
en el arca penetrar.
HECTOR. (Ap.) La bestia es él.
SPENCER. No consiento...

DÉBORA. (Acercándose á lord Spencer.)
Silencio! Todo bondad,
todo virtud y desgracia
es esa jóven...
SPENCER. Sí! más...
DÉBORA. Silencio! aquí todos deben
á esa jóven respetar
porque está bajo el amparo
de mi afecto maternal.
SPENCER. Pero yo... yo...
DÉBORA. ¿Y no sabeis
que os aguarda un ejemplar
castigo?
SPENCER. ¿Castigo?
DÉBORA. Id!
vuestras carnes macerad;
ceñid el duro cilicio,
vestid áspero sayal,
sobre el mundano cabello
la ceniza derramad.
SPENCER. Muchas gracias.—Buenos dias,
señora.
DÉBORA. (Huyendo de él.) ¡Impúdico! atrás!
(Á lord Spencer, que se retira.)
ceniza! ceniza!
HECTOR. (Riéndose.) Pero...
(Ap.) Vamos... es loca de atar.
(Alto.) ¿No veis que es muy feo el traje?
DÉBORA. Si él es pecador, vos más.
HECTOR. Yo? yo?
DÉBORA. Infiltrado teneis
el espíritu del mal,
hombre de escarnio y blasfemia.
HECTOR. (Interrumpiéndola y queriendo besar la mano que Débora retira con horror.)
Ah! señora, perdonad,
dejadlo para el Domingo.
DÉBORA. ¿Por qué?
HECTOR. Los domingos hay
sermon en mi tierra.
DÉBORA. ¡Horror!
(Sale la Duquesa.)

HECTOR. Duquesa, á tiempo llegais,
os dejo con vuestra tia.
DUQ. Marqués...
HECTOR. Inspirada está,
ella os contará la historia
del rey Teglatfalasar.
(Saluda y váse.)

ESCENA III.

LA DUQUESA, LADY DÉBORA.

DUQ. ¿Qué esto? Estais encendida!
DÉBORA. Sobrina; este que mirais
santo carmin os acusa
de ligera y mundanal.
Cansada estoy de esos hombres
que os rodean sin cesar,
parda nube que os envuelve,
presagio de tempestad.
Yo tenia á vuestro padre
un afecto fraternal,
por eso no me decido
esta mansion á dejar;
pero lejos de estos muros
mi planta me llevará,
si no poneis correctivo
á su locura tenaz.
DUQ. Calmaos.
CRIADO. (Anunciando.) El doctor Murzio.
DÉBORA. (Dirigiéndose vivamente á la derecha.)
Dios os guarde!
DUQ. Tia! ¿os vais?
DÉBORA. Me voy, porque el juicio de este
me horroriza mucho más.
(Sale Murzio y saluda á Lady Débora.—Esta no le contesta y váse volviéndole la espalda.)

ESCENA IV.

LA DUQUESA, MURZIO.

MURZIO. ¿Huye la hija de Sion,
Duquesa, por mi visita?
DUQ. Doctor, sois Amalecita
no lo extrañeis.
MURZIO. ¡Qué aprension!
¡Hay locura como esa!
(Apunta en su cuaderno.)
DUQ. (Riéndose.) ¿Notais?
MURZIO. Por necesidad:
¿acaso la humanidad
está ya cuerda, Duquesa?
DUQ. Que teneis razon sospecho.
(Siéntase en el confidente.)
¿Mi encargo?
MURZIO. (Sentándose á su lado.) Cumplido fué.
DUQ. Las noticias...
MURZIO. Las tomé.
DUQ. De modo...
MURZIO. Todo está hecho.
DUQ. Shéridan...
MURZIO. Es pobre...
DUQ. Oh!
MURZIO. Como Job.
DUQ. Su patrimonio...
MURZIO. Es hijo de un matrimonio
por amor... no creo.
DUQ. ¿No?
Recursos debe tener.
MURZIO. ¿Quién puede eso calcular?
DUQ. ¿Lo podeis averiguar?
MURZIO. Es difícil de saber.
Entre su vida y el mundo
puso su orgullo que tapa
los remiendos de su capa;
es muy sagaz; muy profundo,
y sabe como el mejor,
que en la vida donde ha entrado

la pobreza no es pecado
sino otra cosa peor.
Hace cuatro meses vino
del Támesis á la orilla,
cuál fuego fátuo que brilla
sobre el agua, en el camino;
y tanto partido saca
de su genio en ocasiones,
que hace creer lleva millones
cosidos á su casaca.

DUQ. ¿Mas vos lo creeis?

MURZIO. Yo, no;
porque el que es rico no escribe.

DUQ. Pero entónces ¿de qué vive?

MURZIO. De qué vive? ¡Qué sé yo!
Las letras son su sosten;
hoy la escasez no le asedia,
artículos... la comedia
que ahora se hace en Drury-Lane.
El crédito que le alcanza
aquí vuestro valimiento,
Duquesa; su entendimiento,
su osadia, su esperanza:
la constante rectitud
que en su espíritu atesora;
en fin, señora... señora
vive de su juventud;
de esa juventud florida,
que en su rostro rebervera,
y es la mejor compañera
en la senda de la vida.

DUQ. (Levantándose.) Es compañera... moral;
lo comprendo, sí señor;
pero no tendrá, Doctor,
otra... así... más material?

MURZIO. (Ap.) Tiene celos. (Alto.) De ese vicio
nadie hasta ahora le ha tachado,
nadie; está considerado
como hombre de mucho juicio.

DUQ. (Ap.) Eso hoy mismo lo sabré;
hice bien en enviar
la cartera. (Quédase pensativa.)

MURZIO. (Ap.) Empieza á hablar
sola.—Síntoma! Acerté.
(Dando una palmada sobre el cuaderno.)
Aquí.—Locura de amor!
CRIADO. El señor Shéridan! (Anunciando.)
DUQ. (Indicándole la reserva.) ¡Cielo!
Doctor!...
MURZIO. No tengais recelo,
el médico es confesor.
(Los dos hombres se saludan. Váse Murzio por la izquierda. Shéridan ha salido por el fondo.)

ESCENA V.

LA DUQUESA, SHÉRIDAN.

DUQ. (Con abandono.)
Ricardo! ¿sois vos?
SHERID. (Deteniéndola con el ademan.) Sí, yo:
¿os quereis casar conmigo?
DUQ. ¿Qué estais diciendo?
SHERID. (Sonriéndose.) Eso os digo:
quereis casaros? sí, ó no.
DUQ. Yo no alcanzo á comprender...
no estais loco, por ventura.
SHERID. ¿Creeis que es una locura?
soy de vuestro parecer.
Pero en ese caso, yo
consejos de vos quisiera.
(Se sienta y saca una cartera.)
Esta anónima cartera
sabeis qué contiene?
DUQ. (Turbada.) No:
(Ap.) ¡la mia!
SHERID. (Sacando de la cartera un pliego cerrado.)
En este papel
que ha conmovido las fibras
de mi pecho hay dos mil libras.
DUQ. Quién firma?
SHERID. Un amigo fiel.
DUQ. ¿Y no presumis?
SHERID. (Guardando el pliego en la cartera.) Jamás.

DUQ. Leal amigo se nombra,
¡qué asombro!

SHERID. Á vos os asombra?
pues á mí me asombra más.
Será un caso de conciencia?
¿Soy por ventura heredero?
no lo sé, mas yo no espero
ni restitucion ni herencia.
Regalo... nadie conmigo
tiene... no, ¿qué debo hacer?

DUQ. Queden en vuestro poder.

SHERID. ¿Á qué título?

DUQ. Al de amigo.

SHERID. ¡Un préstamo! Bien: consiento:
mas por qué se ha de ocultar?
Salga, y lo podré aceptar
dándole el veinte por ciento.

DUQ. ¡Pues qué! ¿teneis por ventura
amigos de ese jaez?
usureros?

SHERID. ¡Ah! tal vez.
Hay dos géneros de usura.
La que habita en un rincon;
allá en un barrio sombrio;
en la casa de un judio,
la de Shilock ó Harpagon.
Esa usura despreciando
del alma el sagrado código,
oro presta al hijo pródigo
á la muerte hipotecando,
y á su dominio sujeta
por un puñado de cobre
desde el andrajo del pobre
al cadáver del poeta.
Allá en su espelunca, apiña
trapo viejo y oro en barras;
tiene el peso falso, y garras
como el ave de rapiña.
Es cruel y vergonzante,
es ridícula y horrible,
ignoble, sucia, terrible,
y burlesca y repugnante.

Pero aunque la sangre chupe,
llega la hora de venganza,
y la justicia la alcanza,
y la sociedad la escupe.
De ella es solo el deshonor,
no de quien claudica allí;
me inspira desprecio, sí;
mas no me infunde temor.

DUQ. ¿Á dónde vais á parar,
Ricardo?

SHERID. Sabréislo ahora.
Hay otra usura, señora,
y esa, sí, me hace temblar.
Es la que quiere ejercer
con un estudio profundo,
la gran dama del gran mundo,
sobre algun plebeyo ser,
ménos nécio y más formal,
con más fe, con ménos farsa
que la espléndida comparsa
de su cortejo ducal.
Ella, sin conciencia alguna,
por diversion le presenta
en su gran mundo, y le sienta
al festin de la fortuna.
Y le hace pagar su escote
con palabras de aluvion,
con frases de relumbron
y con réplicas al trote.
Hasta que llega un momento
fatal; una triste hora:
se cansó la gran señora
de aquel hombre y su talento.
¿Y qué le queda? El influjo
que ejerce la vanidad;
hábitos de ociosidad;
fatal propension al lujo.
El que en suntuoso salon
comió en dorada vajilla,
¿cómo vuelve á su guardilla?
¿cómo duerme en un jergon?
Su inteligencia florida,

gallarda, lozana y bella,
se extingue al vapor de aquella
atmósfera corrompida.
Quiere trabajar... ¡qué importa!
la mano intenta escribir,
y solo acierta... á pedir,
¡infame! y no se la corta!
Con más rapidez que el rayo
baja de amigo á histrion,
y desde el régio salon
hasta el zaguan del lacayo!

DUQ. (Levantándose conmovida.)
¡Ah Shéridan!

SHERID. Á fe mia,
dejad que exhale la pena
del corazon, que se llena
y desborda!

DUQ. Y se extravia.

SHERID. No; mi parecer no tuerzo;
para el de riqueza escaso,
un escollo es cada paso,
cada minuto un esfuerzo.
La esposa que ha de buscar
de su vida en la carrera,
es la dulce compañera,
guarda fiel del santo hogar.
La que su círculo ensancha,
segun sus recursos fijos;
la que amamanta á sus hijos;
la que cose; la que aplancha.
La que, en su labor tranquila,
echa aceite en el mechero,
mientras que su compañero
trabaja, lucha y cavila.

DUQ. (Ap.) Está enamorado! sí.

SHERID. Casarnos, locura fuera.
(Con mucha dulzura.)
Ya lo veis, esta cartera
no puede ser para mí. (Dásela.)

DUQ. (Tomándola.)
(El despecho me devora!)
(Alto.) Dad treguas á vuestro afan.

(Arrójala á la chimenea.—Movimiento de Shéridan.)

SHERID. ¡Cielo! habeis quemado el pan
de diez familias, señora.

DUQ. Teneis razon; no os lo niego:
mas ¿qué he de hacer, señor mio?
brillantes tirais al rio
y yo billetes al fuego.
Estamos en paz! (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

SHÉRIDAN, despues LORD DUNBAR.

SHERID. (Solo.) No hay duda:
ya se ha empeñado el combate;
sobre mi cabeza rugen
turbulentas tempestades;
las desafio; no importa;
el callar era humillarme,
vive Dios, y no me humillo,
ni por nada, ni por nadie.

DUNBAR. (Que ha aparecido á las últimas palabras.)
Venios á la Oceania;
partiremos al instante.

SHERID. ¿Qué decis?

DUNBAR. Que sois un hombre
de alto esfuerzo y alma grande.

SHERID. ¡Y me proponeis por eso
que viva con los salvajes?

DUNBAR. Los antropófagos, Shéridan,
devorarán vuestra carne;
pero los civilizados
de estas pomposas ciudades,
devorarán vuestro espíritu,
que más que el ruin cuerpo vale.

SHERID. ¿Y no sabré defenderme?

DUNBAR. ¡Ah pobre niño! Millares
me han dicho á los veinte años
lo que vos, la misma frase;
pero á cuarenta!...

SHERID. Á cuarenta?

DUNBAR. ¿Qué habreis hecho! ¡Quién lo sabe!
SHERID. Mas si lo que habré intentado.
Una vocacion constante
tengo desde que nací,
y ella formó mi carácter;
defender al oprimido,
contra el opresor alzarme.
DUNBAR. ¿Y qué pretendeis hacer?
SHERID. Combatir!... En todas partes
donde al egoismo vea,
á la tirania alcance,
y á la vil hipocresia
con sus malvados secuaces;
les haré una guerra á muerte
sin cuartel, sin que me canse,
en prosa, en verso, en la escena,
en las casas, en las calles,
proseguiré mi tarea
tenaz, así Dios me salve;
y si algun dia consigo
que las masas populares
me eleven á la tribuna,
como apóstol de verdades
de mi boca hasta hoy cerrada
ya vereis qué acentos salen.
No me inspirará el talento,
la conviccion inmutable;
eso espero á los veinte años,
y eso intentaré más tarde.
DUNBAR. Oid lo que habreis logrado,
oid para que os espante:
de vuestra pura inocencia
desgarrar el blanco traje
del camino de la vida
en los rudos matorrales:
cada paso un compromiso
ó una transaccion cobarde.
SHERID. Una transaccion?
DUNBAR. Oid!
¡En el teatro! Escuchadme.
¿Qué vais á escribir? ¿Tragedia?
ha muerto ya, en paz descanse.

esa es una momia egipcia,
museo de antigüedades;
cansa á este siglo voluble
su paso severo y grave.
¿Drama histórico? ¡Ay, Ricardo!
las hazañas inmortales
de los héroes de la historia
ya no interesan á nadie.
¿Comedia moral? Sermones.
¿Social? hay que sujetarse
al consabido terceto,
mujer, marido y amante.
¿De costumbres? Tales son
que no pueden retratarse;
solo hay un medio, uno solo!

SHERID. ¿Cuál?

DUNBAR. Escribir disparates.
Haced reir, ¡vive el cielo!
aunque el pudor deis al traste,
que un autor que no divierte
es un autor que no vale.
Que no esté el manjar insípido,
con pimienta sazonadle,
que el paladar estragado
quiere pimiento picante.
Hoy la verdad es mentira,
el escándalo donaire,
hoy lo escéntrico es sublime,
y lo inverosímil grande.
¿Qué apostais en que en la escena
vemos sin que nos extrañe
á Venus con erizon
ó á Telémaco con guantes?
Caro autor; ya comprendeis
que es nesesario dejarse
hoy llevar de la corriente.
Transaccion.

SHERID. No.

DUNBAR. Ilustre vate,
romped vuestra lira de oro,
la escena está agonizante.

SHERID. Haré libros.

DUNBAR. ¡Libros! ¿Quién
los compra si acaso valen?
Como no escribais alguna
de esas novelas sociales
que proclamando virtudes
tienen al vicio por base.

SHERID. No: mas seré diputado.

DUNBAR. Para eso hay que acostumbrarse.

SHERID. Acostumbrarse!

DUNBAR. Y pedirlo.

SHERID. Pedirlo?

DUNBAR. Si no, no es fácil.
Al gobierno, ó á las masas;
y ceder, y doblegarse
á la proteccion de uno
ó á exigencias de un enjambre
que harán de vos instrumento
de sus miserias locales.
Ved si ese empleo os agrada;
todo esto dejando aparte
las conveniencias políticas,
los afectos personales.
Ya os lo dije, al dar un paso
en la vida miserable,
todo es compromiso, Shéridan,
todo es transaccion infame.
(Momento de silencio.)

SHERID. ¿Y si resisto, milord?

DUNBAR. Si resistis? No es probable.

SHERID. ¿Y si lo hago?

DUNBAR. Morireis
en el hospicio ó la cárcel.
(Nuevo silencio.)

SHERID. ¿Conque no hay remedio?

DUNBAR. Sí,
huir, Ricardo; tiempo hace
que he encendido mi linterna
como Diógenes en balde;
pero hoy he encontrado un hombre,
ya no creia encontrarle.
Ese hombre sois vos.—Seguidme.

SHERID. ¿Dónde, milord?

DUNBAR. Á mi nave!
Abandonemos la tierra,
vamos á surcar los mares,
lejos de la especie humana
para mí tan repugnante,
de la civilizacion
engendradora de males.
Para ser independientes
con mi fortuna es bastante;
venid! la tierra es fatal,
cuando se la toca, se abre,
y brotan como en la fábula
vicios y calamidades. (Con entusiasmo.)
Venid! la mar es mejor;
lancemos el leño frágil
sobre las ondas movibles,
bajo las nubes errantes.
Allí es más azul el cielo;
allí es más diáfano el aire;
allí la voz del Altísimo
se oye en las inmensidades;
en las alas conducida
de los recios huracanes.
Y allí libres, y allí honrados
sin cadenas que nos aten,
miraremos con desprecio
ese raquítico baile
de la humanidad mezquina;
esa comedia de trajes,
esos muñecos vivientes
que andan, corren, entran, salen
y se mueven, segun es
el que tira del alambre.

SHERID. Dunbar! me tentais.

DUNBAR. Venid,
venid! os salvo.

SHERID. Guiadme!

(Al ir á salir ve á Susana.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, SUSANA.

SHERID. Ella aquí!
DUNBAR. Vamos.
SHERID. Susana,
voy de vos á separarme.
SUSANA. (Muy conmovida.)
¿Qué estais diciendo, Ricardo?
SHERID. Abandono estos lugares,
abandono la Inglaterra
tal vez para siempre.
SUSANA. (Ap.) Dadme
fuerzas, Señor! (Alto.) No es posible!
SHERID. Lo es.
DUNBAR. Ya es tiempo; dejadle.
SUSANA. Si os ausentais de Inglaterra
¿quién habrá que nos ampare?
DUNBAR. ¿Á vosotros?
SUSANA. Á nosotros:
¿no sabeis que es nuestro padre?
á los hijos de Dublin,
á mis paisanos de Anthrim,
á aquella pobre mujer
á quien su hijo salvásteis.
SHERID. ¿Cómo sabeis?...
SUSANA. (Señalando al velador donde estan los periódicos.)
Lo he leido.
SHERID. ¿Lo habeis leido?
SUSANA. En el *Times*.
SHERID. ¿Creeis en Ricardo Shéridan?
SUSANA. Como he creido en mi madre,
como creo en nuestra Irlanda
cuya defensa tomasteis,
creo que Dios os envia
para aliviar los pesares,
para consolar al triste
y enseñar al que no sabe.
SHERID. ¿Sois la voz de la verdad
que viene otra vez gigante
á impedir que el precipicio

abierto á mis pies me trague?
SUSANA. No sé cuál es vuestro intento;
¡mas que tan pronto olvidaseis
á la pobre profetisa
de las orillas del Támesis!
¿Sabeis cuál es vuestro sino?
SHERID. Sí: llorar llanto de sangre.
SUSANA. Signo de vuestra mision.
SHERID. ¿Qué decis?
SUSANA. ¡El genio es mártir!
SHERID. El génio! ¿lo soy acaso?
SUSANA. De ello dan claras señales
los contrarios que os rodean,
las envidias que os combaten.
SHERID. Hareisme ser orgulloso.
SUSANA. (*Con energia.*)
Y eso qué importa? Adelante!
(*Con melancolia.*)
Aprended resignacion,
en otros séres más frágiles;
¿creis que yo soy dichosa?
SHERID. No: vos sufris.
SUSANA. Imitadme.
Yo no tengo un porvenir
glorioso que me entusiasme;
pero cumplo mi deber,
y eso para mí es bastante.
SHERID. ¿Lo ois, milord?
DUNBAR. Ilusiones!
SUSANA. Vuestra alma corroe un cáncer,
y si sois dócil, milord,
me comprometo á curarle.
DUNBAR. Sois m y jóven! (*Sonriéndose.*)
SUSANA. Intentadlo.
DUNBAR. No es necesario; dejadme.
SHERID. ¿Quereis apostar, milord?
Pues las apuestas os placen,
yo pongo por esta jóven.
DUNBAR. ¡Pero qué!
SHERID. Que aunque no es fácil,
yo, pobre diablo, que corro
tras la fortuna, la alcance

al fin sin comprometerme,
sin transigir, ni humillarme.

DUNBAR. ¡Qué demencia!

SHERID. Los ejércitos
ya se aprestan al combate;
la rectitud y la envidia
van á ser los generales;
terrible será la lucha,
pero muy interesante.
Susana y yo defendemos
la humanidad pobre y frágil,
la esperanza, el optimismo,
y vos milord, el contraste,
la triste misantropia,
el fatal sino inmutable.

SUSANA. Bien! bien!

DUNBAR. Loco es el intento,
pero altivo, noble y grande.

SHERID. ¿Conque aceptais el partido?

DUNBAR. (Despues de un momento de vacilacion.)
Le acepto.

SHERID. (Á Susana.) La mano dadme;
dos corazones que aun tienen
viva fe, van á lanzarse
con la frente levantada
de la vida en los azares,
y en este sitio esta noche
dará principio el ataque.
¿Vendreis?

DUNBAR. Vendré, os lo prometo.
(Ap.) ¡Hombre al agua!—Dios os guarde!
(Váse por la derecha.)

ESCENA VIII.

SHÉRIDAN, SUSANA.

SHERID. Ciego mi planta llevé
dos veces perdido el tino;
vos me abristeis el camino,
¿cómo pagarlo podré,
Susana?

SUSANA. ¡Ricardo! ¡oh!
cumplí el deber de una hermana.
SHERID. ¿Cómo pagarlo, Susana?
SUSANA. ¡Pagarlo! ¿qué valgo yo?
SHERID. ¡Que valeis, Susana mia?
¿no habeis sido por ventura
para mi ciega locura
fanal de sabiduria?
¿No fuisteis la mujer fuerte,
la profética doncella
que fué apartando mi huella
del camino de la muerte?
Vuestra blanda luz es guia
en la senda en que vacilo,
puro fuego, astro tranquilo
que alumbra y nunca extravia.
SUSANA. (Conmovida.) Ricardo! no hableis así!
SHERID. ¡Supremo Dios! ¿qué valeis?
no veis, Susana, no veis
el valor que alienta en mí?
Yo debo mi salvacion
á esa fe tan ejemplar
que ha levantado un altar
dentro de mi corazon.
Sí, á esa fe que me lanza
por un camino de flores
al templo de los amores
donde brilla la esperanza.
¿No comprendes, alma mia,
con qué firmeza te adoro?
¡Lloras, Susana!
SUSANA. (Vacila.—Shéridan la sostiene.)
Sí, lloro;
pero lloro... de alegria.
DUQ. (Sale por el foro y los ve.)
¡Ah!
(Shéridan se separa vivamente de Susana.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, LA DUQUESA.

DUQ. (Se acerca lentamente mirándolos alternativamente. —Á Susana, que se dispone á marchar.)
Susana! no os vayais.

SUSANA. (Turbada.) Yo...

DUQ. Necesito de vos:
(Deja el chal en el confidente.—(Ap.)
turbados estan los dos.
(Á Shéridan familiarmente y con mucha amabilidad.)
Amigo mio! ¿aquí estais
todavia?
(Le tiende la mano que Shéridan toma con mucha frialdad.)

SHERID. (Ap.) Amigo mio!
Ella! ¿cuál será su intento?

DUQ. (Á Susana.) Parece que corre viento
por el salon; tengo frio;
Susana; ponedme el chal.
(A Shéridan.) ¿Estais aun incomodado?
Démoslo por olvidado,
yo os confieso que hice mal.
(Á Susana, que turbada no acierta á arreglar el chal.)
¡Torpe estais! ¿qué vais á hacer?
(Susana deja caer el chal.)
¿Os tengo yo á mi servicio
para esto?

SUSANA. (Ap.) ¡Qué suplicio!

SHERID. (Que ha cogido un bordado que estaba en un mueble al lado del velador, dice ap. arrojándole sobre el confidente.)
¡No poderla defender!

DUQ. (Señalando al bordado.)
Vedlo! está muy bien bordado;
no se puede poner tacha;
es obra... de esa muchacha;
(Movimiento de Shéridan.)
cuando lo haya terminado

se va á rifar.

SUSANA. (Colocando el chal en los hombros de la Duquesa.)
Á rifar?

DUQ. (Á Susana.) ¿Cómo le quereis prender
así; sin un alfiler?
Precisamente ha de estar
sobre aquella chimenea
el que Shéridan me dió
cuando á mis plantas rindió
su victoriosa presea.
(Á Shéridan, con ternura.)
¿Os acordais de aquel dia?
(Susana se dirige á la chimenea á buscar el alfiler; pero sin apartar de ellos la mirada.)

SHERID. (Con frialdad.)
Hace tanto tiempo ya!

DUQ. ¡Oh! cuatro meses hará.
(Cambiando de tono.)
Pues esa tapiceria
quiero yo rifar á escote
entre la nobleza; aquí;
caso á Susana, y así
comienzo á formar su dote.
Yo creo que bien la cuadre
establecerse.

SHERID. No hay duda.

DUQ. La caso... con el ayuda
de cámara de mi padre.

SUSANA. (Presentándola el alfiler.)
Ah! señora!

SHERID. (Con ironia y conteniéndose apenas.)
Tanto honor,
casi imposible parece.

DUQ. ¿Creeis que no la merece?

SHERID. (Estallando.)
Merece un emperador!

DUQ. Traed!
(Hace un violento movimiento y clava en la mano de Susana el alfiler.—Susana da un grito.)

SUSANA. ¡Oh, Dios!

SHERID. (Tomando de la mano á Susana.)
Por mi vida,

que yo os haré respetar.
(Viendo la mano.)
¡Ah! sangre veo brotar:
¡Susana! ¡qué! ¿estais herida?
¡sangre vuestra mano inunda!
¡sangre!

SUSANA. No siento el dolor.
(Mirando á la Duquesa.)
Mi herida no es la mayor;
otra hay aquí más profunda.
(Váse triunfante.—Shéridan y la Duquesa quedan mirándose.)

SHERID. ¡Ah Duquesa! ¡Guerra!

DUQ. Guerra!
Venid esta noche.

SHERID. ¿Á qué?

DUQ. Mi palabra cumpliré;
Duquesa soy de Inglaterra.
(Váse sin saludarle.)

ESCENA X.

SHÉRIDAN, luego HECTOR.

SHERID. ¿Me amenazais? ¡qué locura!
si es lucha de alfilerazos,
contienda de abanicazos,
tengo la cabeza dura
y veremos ¡voto á brios!

HECTOR. (Saliendo furioso.)
¡Por el cielo! ¡Chiste inglés!

SHERID. ¿Cómo tan fiero, marqués?

HECTOR. Porque se trata de vos.

SHERID. De mí?

HECTOR. ¡Me ahoga el coraje!

SHERID. Hablad, que impaciente aguardo.

HECTOR. ¡Villanos! Decid, Ricardo,
¿no ibais á estrenar un traje
esta noche?

SHERID. Sí, Marqués;
chupa, calzon y casaca,
igual al que Kemble saca

en mi comedia.

HECTOR. Eso es:
sin él os habeis quedado.

SHERID. ¿Y cómo es eso? yo ignoro...

HECTOR. Lord Spencer á peso de oro
al sastre se le ha comprado.

SHERID. ¿Eh?

HECTOR. Para poder decir:
«No tiene más que un vestido;
es un cualquiera; un perdido.»
¡Para impediros venir!

SHERID. ¡Diablo! pero el caso es...

HECTOR. Ya veis lo que se os prepara.

SHERID. Ya lo veo.
(Reflexionando.) ¿Qué haré para?...
¡Ah! Gracias! gracias, marqués!
(Váse corriendo; los criados levantan los portieres y aparecen los salones del fondo.)

ESCENA XI.

HECTOR, MURZIO, LORD DUNBAR, LORD SPENCER, la DUQUESA, la MARQUESA, CONVIDADOS.

HECTOR. Es un mozo de talento
y tiene en el cuerpo el diablo,
todos le detestan, todos;
pero ¡vive Dios! yo le amo
porque me huele á francés
á más de cincuenta pasos.

CRIADO. (En el salon del fondo.)
Lord Spencer, el doctor Murzio,
lord Dunbar!

DUNBAR. (Saliendo con lord Spencer y bajando á la escena.)
Es endiablado!
¡quitarle el traje!

SPENCER. (Contoneándose.) Aquí está:
este sí que va á ser chasco!

HECTOR. ¡Qué veo! ¡El traje de Shéridan!
¡no hay duda! ¡Truenos y rayos!

SPENCER. Este es el medio mejor
de hacer patente, bien claro,

que ese irlandés presumido
es un pobre perdulario.

DUNBAR. Yo me acuerdo de una fábula.

SPENCER. ¿Cuál?

DUNBAR. El pavo real y el grajo!

SPENCER. No sé de filosofias.
(Á Murzio.)
¿Y qué os haceis tan callado
en ese rincon metido,
doctor?

MURZIO. Estoy apuntando.

SPENCER. Pasa á la posteridad
mi nombre con este rasgo;
inmortal me voy á hacer.

HECTOR. (Á lord Dunbar.)
¿Cómo va á salir del paso,
Comodoro?

DUNBAR. Lo veremos;
yo aquí escucho, veo y callo.

SPENCER. (Á la Duquesa que sale con la Marquesa.)
Duquesa, ¿sabeis la anécdota?

DUQ. La sé.

SPENCER. ¿Y es de vuestro agrado?

DUQ. Sí; la enhorabuena os doy,
carísimo duque; la hallo
digna de vuestro talento.
Vais á referirla cuando
se presente el señor Shéridan.

SPENCER. Os comprendo, y os aplaudo.
Sois la reina del ingenio,

DUQ. Pues y vos?

SPENCER. Yo? Allá nos vamos.

DUNBAR. ¿Y vos qué decis, Marquesa,
de ese traje y de este cambio?

MARQ. Á mí me parece estúpido
todo ese juego de manos;
me gustan las cosas claras,
un caballo es un caballo,
y para sacarle á escape
con la espuela y con el látigo.

SPENCER. Vos decis eso, Marquesa,
porque teneis cierto flaco

por Shéridan.
MARQ. No os lo niego;
es ingenioso y bizarro,
y me sirvió de testigo
cuando nos desafiamos
yo y la princesa alemana.
HECTOR. ¿Y qué tal va del pinchazo?
MARQ. Murió del susto... el marido.
(Risas. Van avanzando en grupos.)
SPENCER. (Ap.) No es mujer, es marimacho.
CRIADO. (Anunciando.)
El señor Ricardo Shéridan.
SPENCER. Ahora veremos.
DUQ. (Ap.) ¡Qué osado!
(Sale Shéridan vestido con estremada sencillez, se adelanta por medio de una doble fila de curiosos hasta llegar á la Duquesa, á quien saluda con mucha ceremonia.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, SHÉRIDAN.

SPENCER. (Mirándole con los lentes.)
¡De negro! todo de negro!
HECTOR. Echad al cañon dos balas,
que hay cuervo y bate las alas.
SPENCER. Peor para él!
HECTOR. Me alegro.
DUQ. (Á Shéridan que se inclina ante ella.)
Empecé á desesperar
de vuestra venida.
SHÉRID. (Á media voz.) No,
á citas de guerra, yo
nunca acostumbro faltar.
DUQ. ¿Conque enemigos?
SHÉRID. (Sonriendo.) Mortales,
mi sentir jamás oculto.
(La besa la mano y se dirige á la Marquesa.)
MARQ. Mirad que os buscan el bulto.
SHÉRID. Y yo! Ya estamos iguales.

DUNBAR. (Á Hector.)
¿No visteis qué risa?
HECTOR. (Á lord Dunbar.) Irónica.
DUQ. Sentaos... Señoras... Señores.
(Siéntanse.)
Crónica de hoy.
HECTOR. (Ap.) ¡Ah traidores!
(Pasa por delante de Shéridan y le dice á media voz.)
Fijaos en esa crónica.
SHÉRID. Muy bien, Marqués.
(Siéntanse. Murzio y lord Dunbar frente al velador de la izquierda: la Marquesa al lado de lord Dunbar. Solo una silla queda desocupada junto al confidente en donde se han sentado la Duquesa y Hector.—Lord Spencer de pie habla con la Duquesa.—Las señoras convidadas se van sentando formando grupo á la derecha.—Shéridan, que se ha quedado solo en medio del teatro, al ver la silla desocupada se dirige á ella. Lord Speneer le detiene.)
SPENCER. Perdonad.
SHERID. ¿Yo? por qué?
SPENCER. (Con una galanteria insolente.)
Mi silla es esa
al lado de la Duquesa.
HECTOR. ¿Qué le dirá?
SHERID. Dispensad.
(Toma de la mano á lord Spencer y con mucha galanteria le sienta en la silla.)
Aquí! ¿Ya estais satisfecho?
SPENCER. Lo estoy. (Sentándose.)
SHERID. (Saludando.) Yo quedo obligado.
(Mirando alrededor y viendo todos los asientos tomados.)
Cada cual está sentado
segun su clase y derecho,
ya delante, ya detrás;
¡muy bien! no hay más que pedir!
(Ap.) ¿Esto qué quiere decir,
que yo estoy aquí de más?
Ya lo veremos ahora;
vamos á pasar buen rato.

(Dirígese á la Duquesa y le hace una profunda cortesia.)
Estoy á vuestro mandato,
cuando lo ordeneis, señora.

DUQ. ¿Yo? y el qué? (Asombrada.)

SHERID. La urbanidad
esquisita de milord,
con señalado favor
halaga mi vanidad,
como hombre tan ilustrado,
tan sabio, tan distinguido,
á Bocacio habrá leido
y sin duda ha recordado
el Decameron.

SPENCER. ¿El qué?

SHERID. El Decameron, milord.

SPENCER. Ya! ya estoy!

SHERID. El narrador,
en él siempre está de pie.
¡Cortesia sin igual!
Solo encuentra en el estrado
un sitial desocupado,
milord, y ocupa el sitial.
Y de ese modo, con esa
urbanidad nunca vista,
me nombra primer cronista
de la señora Duquesa.

SPENCER. (Ap.) Aquí va á haber un desastre.
(Á Hector.) ¿Se está burlando de mí?

HECTOR. Milord! yo creo que sí.

DUQ. Sedlo pues. (Con despecho.)
(Movimiento de atencion.)

SHERID. Érase un sastre.

SPENCER. ¡Oh!

HECTOR. Lord Spencer.

DUNBAR. (Á Murzio.) Atencion.

SPENCER. Hago una barbaridad.

SHERID. Era un sastre de Bagdad
de una gran reputacion.
¡Oh qué tijera y qué manos!
á todo Bagdad vestia;
llenaban su sastreria

numerosos parroquianos.
Uno... era hijo de un visir
rico, jóven y marcial;
de estirpe noble, hasta real;
pues conforme oí decir,
por línea recta venia
segun su árbol genealógico,
de Midas, rey mitológico!...

HECTOR. Pues! aquel rey que tenia...
(Risa general.)

SPENCER. (Á Hector.)
¿Qué es lo que tenia? ¿Quién?

HECTOR. Esas son historias viejas;
uno que tenia orejas...

SPENCER. Pues yo las tengo tambien.
(Risa general.)

SHERID. Otro, pobre, su rival;
poeta; le mantenia
su lozana fantasia
con música celestial.
Quiso el poeta lucir
y un traje se mandó hacer,
un traje que quiso ver
aquel hijo del visir;
y ó ya porque le agradó
ó por jugarle una treta,
el traje robó al poeta
y con él se engalanó:
creyendo en su necio afan
que su rival se le hacia
porque una noche, tenia
que presentarse... al sultan.

SPENCER. Y qué!

SHERID. Decepcion cruel!

HECTOR. La historia es interesante,
¿verdad, Duquesa?

DUQ. Bastante.
(Á Shéridan con altaneria.)
¿No era el traje para él?

SHERID. ¡Para él! Donosa idea!
le hizo...

SPENCER. Rabio de coraje!

SHERID. Para su lacayo...
SPENCER. (Levantándose.) El traje?
TODOS. (Levantándose.)
Cómo!
SHERID. Si era una librea!
(Saca á Paddy con un traje exactamente igual al de Spencer.)
MARQ. (Aplaudiendo.)
Bravo!
DUNBAR. Saltó de la silla.
HECTOR, (Con extrañoza.) Ese traje...
MURZIO. (Sacando el cuaderno.) Apunto! asiento!
HECTOR. ¡El del cómico!
MURZIO. (Registrando el libro.) Talento!
me hace falta una casilla.
SHERID. Quien lo dude, que lo vea.
(Paddy aturdido en medio de aquella brillante reunion al ver el traje de lord Spencer, se dirige a él corriendo.)
PADDY. Compañero! (Le tiende la mano.)
SPENCER. (Furioso.) ¡Oh, mi furor!
(Váse Paddy corriendo.)
SHERID. (Interponiéndose.) ¿Será posible, milord?
¡vos en el té con librea!
SPENCER. ¡Con librea! (Furioso.)
DUQ. (Interponiéndose.) Basta ya!
aquí fin la historia tiene.
SHERID. (Inclinándose y con mucha finura.)
Donde vuestra gracia ordene
la historia terminará.
DUQ. Agradezco la merced.
SHERID. Tengo en ello mucho honor.
(La saluda y da la mano á Hector y á Lord Dunbar que estan hablando al fondo.—La Marquesa s edirige á Lord Spencer, mientras que la Duquesa queda reflexiva á la izquierda. Murzio á la extrema izquierda observa y apunta.)
MARQ. (Á Lord Spencer.)
Os ha dejado, milord,
pegadito á la pared.
SPENCER. (Furioso.) No permito! no consiento!
MARQ. ¡Insultos? Lengua menguada,

elegid pistola, espada,
sitio y hora.

SPENCER. Qué?

MARQ Al momento.

HECTOR. No me queda más que ver.

MARQ. ¿Teneis miedo, señor mio?

HECTOR. Eso os falta.

SPENCER. Un desafio!

HECTOR. Pues! y con una mujer.

DUQ. (Con sarcasmo y muy alto.)
Para ese cambio hay razones,
mas solo en ciertos linajes;
¿qué importa trocar los trajes,
si se truecan corazones?

SHERID. (Volviéndose hácia la Duquesa.)
¿Por quién decis, eso?

DUQ. ¡Oh!
¿no alcanza vuestro talento
por quién es? mucho lo siento:
por... Juan Jacobo Rousseau.
Una moza de servir
dicen que fué su mujer.
¿No es cierto?

SPENCER. ¿Pues no ha de ser?
Eso mismo iba á decir.

DUQ. La ventura hallar creia
buscando en más baja esfera
una mujer... muy casera,
que planchaba y que cosia.
(Movimiento de Shéridan.)

SPENCER. Á la memoria me vino,
iba á referir la historia.

SHERID. Si no os cabe en la memoria
nada más que *el Capuchino.*

SPENCER. (Ap) Este mozo es todo hiel,
¡pardiez! de cólera estallo!
(Quiere responder, pero al ir á hacerlo, la Duquesa le detiene.)

DUQ. Á tiempo viene el caballo
que hace aquí muy gran papel.

SPENCER. Muy grande! muy grande!

DUQ. Infiero

que sabeis lo que pasó?

SHERID. Sí.

DUQ. Su mujer le engañó!
¿y por quién? por su cochero?

SPENCER. ¡Bravo!

DUQ. Los grandes varones
siempre alma grande han tenido,
y Rousseau buscó el olvido
escribiendo... *Confesiones.*

SHERID. (Estallando.)
Una comedia, mejor
el ridículo remedia;
y pues que va de comedia,
señores, tengo el honor
de invitaros á asistir
á una notable, famosa,
que escribiré...

DUQ. (Con desprecio.) En baja prosa
bien la podeis escribir.

SHERID. Y haré que se represente.

DUQ. ¿Y qué asunto?

SHERID. Le revela
su título.

DUQ. ¿Cuál?

SHERID. *La escuela*
del escándalo.

DUQ. (Haciendo un movimiento de cólera.)
¡Insolente!

SPENCER. Debe ser una obra buena.

SHERID. No me parece á mí mala.

SPENCER. ¿Tendré yo sitio en la sala?

SHERID. En la sala no, en la escena.

SPENCER. ¡Cómo en la escena! ¡Eso á mí!
¿y fuera?

SHERID. Con mil amores.

SPENCER. Al punto.

DUQ. Basta, señores!
(Sale Susana. Movimiento general.)

SHERID. (Ap.) ¡Cielos, Susana!

DUQ. (Ap.) ¡Ella aquí!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, SUSANA, despues el PRÍNCIPE DE GALES.

SUSANA. (Ap.) ¡Qué ruido! ¡qué agitacion!
¡disputan! ¡qué ha sucedido!
DUQ. (Ap.) ¡Qué audacia!
(Alto.) ¿Á qué habeis venido?
SUSANA. Yo!... yo!...
DUQ. Salid del salon.
SHERID. (Haciendo un movimiento, ap.)
Ese insulto!...
SUSANA. (Ap.) Es mi rival.
DUNBAR. (Ap. á Shéridan deteniéndole.)
Ved que la vais á perder.
DUQ. (Ap.) Si la querrá defender?
SHERID. Señora!...
CRIADO. (Anunciando.) Su Alteza real.
(Movimiento general. Sale el Príncipe. Todos se inclinan. El Príncipe se dirige á la Duquesa y la saluda.)
DUQ. (Ap. mirando á Shéridan.)
¡Ya es mio!
(Alto, al Principe.)
Tan alto honor,
señor, no me corresponde.
PRINC. ¿Dónde está Shéridan, dónde?
DUQ. Shéridan! el escritor. (Presentándole)
(Movimiento. Shéridan se inclina ante el Príncipe.)
Títulos alcanza aquí..
y mi amistad le profesa...
PRINC. Es vuestra amistad, Duquesa,
el mayor que hay para mí.
(Murzio saca su cuaderno.—Á Shéridan.)
Gran cosa es su valimiento,
señor Shéridan, yo os fio
que unido al suyo irá el mio
para premiar el talento.
HECTOR. ¿Qué hará? (Á lord Dunbar.)
DUNBAR. ¿Qué? Pregunta vana!
Transigir sin duda alguna;

nadie al hallar la fortuna,
la arroja por la ventana.
La humanidad codiciosa
por ese camino va,
es hombre y transigirá.

SHERID. (Tomando de la mano á Susana, y presentándosela al Príncipe.)
Señor... Mi futura esposa!
(Movimiento general de admiracion: en la Duquesa de cólera, en el Príncipe de extrañeza.—Cuadro.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala octógona que antecede á la tribuna de la aristocracia en el Parlamento inglés. Al fondo ancha puerta de dos hojas por donde se entra á la tribuna, á la que se sube por tres escalones. Puerta en cada uno de los ángulos: la de la derecha del actor conduce á la calle: la de la izquierda al salon de sesiones del Parlamento. Muebles de lujo de la época. Mesa con recado de escribir y campanilla.

ESCENA PRIMERA.

HECTOR, MURZIO, LORD DUNBAR.

Al levantarse el telon las puertas de la tribuna estan entreabiertas, y Hector en el último escalon, está mirando por el espacio que dejan las dos hojas.—Salen Murzio y lord Dunbar por la derecha.

DUNBAR. ¿Vos, señor Marqués, aquí?
Hombre del antiguo régimen;
¿cómo en las luchas políticas?
¿cómo al Parlamento viene?
MURZIO. No lo hace por aficion;
como es farsa, le divierte.
HECTOR. Aquí deben venir todos
los que á Shéridan aprecian.
(Óyense rumores en el salon de sesiones.)

DUNBAR. ¿Qué es eso?
HECTOR. Que llega Pitt.
MURZIO. ¿Y le gruñen?
HECTOR. No le quieren.
(Óyense grandes aplausos en el salon.)
DUNBAR. ¿Por qué aplauden?
HECTOR. Porque Shéridan
entra. (Aplaudiendo.)
Bravo! bravo!
(Á lord Dunbar y Murzio.) Vedle.
MURZIO. Marqués, ¿por qué le aplaudis?
HECTOR. (Bajando á la escena.)
Le aplaudo porque es un héroe!
DUNBAR. Contra las malas pasiones
luchando está veinte meses.
HECTOR. Él contra todos combate,
y los arrolla y los vence;
le aplaudo... y en mí es gran mérito,
que aborrezco á los ingleses.
DUNBAR. Marqués!
HECTOR. Pero es que hay tres clases.
MURZIO. ¿Hay tres clases?
HECTOR. Diferentes.
Hay el inglés larguirucho
delgado como un filete,
orejas de quitasol,
cabello lacio, ojos verdes;
lanchas por pies, y por manos
dos manojos de cordeles;
cada parte de su cuerpo
forma un ángulo saliente.
Vá por el mundo á galope
codazos dando á las gentes,
y dislocando costillas
para que pasar le dejen.
En todos lados se encuentra,
en todas partes le temen,
que si alguien le estorba el paso
mata, más no retrocede.
DUNBAR. ¡Señor francés!
HECTOR. ¡Ah milord!
no extrañeis que le deteste.

Antítesis del primero
hay otro inglés, de otra especie;
pequeño, obeso, rechoncho,
con la boca hasta las sienes;
rubicundo como Judas,
procaz, traidorzuelo, aleve,
llena el alma de codicia,
lleno de cerveza el vientre,
va por el mundo rodando
como ruedan los toneles.
Aspas tiene de molino
por brazos, las manos mueve,
y en el bolsillo del prójimo
así al descuido las mete
por si acaso en el bolsillo
hay algo que le interese.
Una tendencia fatal
y poderosa le impele
á considerar que el globo
terráqueo que le sostiene
es una inmensa patata
á su *roastbeaf* adyacente,
y así siempre está pensando
en mondarle y en raerle.

DUNBAR. ¡Señor francés!

HECTOR. Comodoro,
yo me fio poco de este.

MURZIO. (Ap.) ¡Cómo los conoce el Galo!

HECTOR. El tercero finalmente,
es el inglés que desea
que la Inglaterra prospere,
que la justicia se ensalce,
que la inteligencia reine;
ese es Shéridan, señores,
aplaudid! que lo merece.

DUNBAR. Ni quito ni pongo rey;
hice una apuesta solemne;
lo celebraré si gana,
me pego un tiro si pierde.

ESCENA II.

LOS MISMOS, LORD SPENCER por la derecha.

HECTOR. (Á lord Spencer.)
Milord, ¿vais á la tribuna?
SPENCER. No: considero perdida
la votacion; en mi vida
he visto mayor fortuna
que la de ese perillan.
HECTOR. ¿Eso imaginais?
SPENCER. Sí á fe!
DUNBAR. ¡Qué les dirá?
SPENCER. No lo sé;
pero no le entenderán.
HECTOR. Milord.
SPENCER. Todos se alborotan
cuando alguien se desgañita;
sabe más el que más grita.
Shéridan grita y le votan.
HECTOR. Es hombre de entendimiento.
SPENCER. Yo nunca tal he creido;
el que noble no ha nacido
no puede tener talento.
HECTOR. Vos decis eso, milord,
porque en la eleccion pasada
os derrotó.
SPENCER. Yo? Bobada!
Yo no le guardo rencor;
sé que la venganza al fin
de la jornada hallaré:
Shéridan es pobre.
DUNBAR. Y qué!
SPENCER. ¿Qué? que no tiene un chelin.
DUNBAR. Y qué!
SPENCER. Con tenaz empeño
para hacerse diputado,
gastó mucho, y ha firmado
recibos... de que soy dueño.
Me pagará la eleccion,
y la acequia, y la librea.

HECTOR. ¡Ruin accion!
SPENCER. Aunque lo sea:
ó paga, ó á una prision...
MURZIO. Eso intentais?
HECTOR. (Ap.) ¡Miserable!
SPENCER. Ó paga al punto, ó va preso.
DUNBAR. Es diputado.
SPENCER. ¿Por eso
creeis que es inviolable?
DUNBAR. Milord!
SPENCER. Errasteis la cuenta.
HECTOR. Os engañais.
SPENCER. No me engaño.
El Parlamento, en el año
mil setecientos setenta,
en una acta formuló
una excepcion.
DUNBAR. ¿De qué modo?
SPENCER. Inviolables para todo;
pero para deudas, no.
¡Y quereis que no me halague
esa risueña esperanza!
¡que renuncie á mi venganza!
¡quien tal hizo que tal pague!
DUNBAR. Yo pago por él.
SPENCER. ¿Vos?
DUNBAR. No:
(Ap.) ¡no puedo! ¡ayudarle fuera!
HECTOR. Si emigrado no estuviera,
por él pagaria yo.
SPENCER. (Con ironia.)
¡Oh! vuestra amistad es mucha,
mas no llega á esos extremos.
HECTOR. ¿Eso es insulto?
SPENCER. Veremos
al fin quien vence en la lucha.
Voy á ver á Pitt.
(Váse por el fondo izquierda.)

ESCENA III.

HECTOR, LORD DUNBAR, MURZIO, LADY DÉBORA, SUSANA

DÉBORA. (Á Susana, saliendo por la derecha.)
Susana,
solo por el gran amor
que os profeso, me decido
á venir aquí con vos.
HECTOR. La mujer fuerte!
DÉBORA. ¡El Marqués!
Ya me figuraba yo
que caeriamos en medio
de las hordas de Faraon.
HECTOR. ¡Ah, señora! Referidnos
algo de lo que pasó
al gran profeta Daniel
con el horno y el leon.
DÉBORA. ¡Impio!
HECTOR. Y si eso no os place,
la longevidad de Enoc,
las lentejas de Esaú,
los cabellos de Absalon,
ó la capa de José,
ó la viña de Nabot.
DÉBORA. (Vámonos de aquí, Susana;
este hombre me causa horror.)
SUSANA. (Á Hector, suplicante.)
Por Dios, Marqués, yo os suplico...
DUNBAR. (Á Hector.)
Dejadla.
SUSANA. Para mí es hoy
un gran dia.
MURZIO. ¿Por qué?
SUSANA. Shéridan
hoy levanta aquí su voz,
de los derechos de Irlanda
valeroso defensor.
DUNBAR. Es verdad.
SUSANA. La he suplicado
con todo mi corazon

me acompañase á este sitio
para admirar el valor
del hombre á quien voy á unirme
mañana mismo ante Dios.

MURZIO. ¿Conque es cosa decidida?

HECTOR. Yo mi parabien os doy.

SUSANA. Me es vedado el entrar sola
en la tribuna...

HECTOR. No, no;
yo por mí no pondré obstáculo...
de Ricardo amigo soy.

MURZIO. (Á lady Débora.)
Esta muchacha es más pura...

HECTOR. (Id.) Que la piel de Gedeon.

DUNBAR. ¡Marqués!

HECTOR. ¡Ah! fué un *lapsus lingüe*,
(Á lady Débora.)
dispensadme; se acabó.

DÉBORA. (Al dirigirse á la tribuna, se detiene.)
¿Ha venido mi sobrina?

HECTOR. No señora.

DÉBORA. Entónces, voy.

MURZIO. Pero, señora, es posible!
¡es tanto vuestro rencor?

DÉBORA. Yo no puedo transigir
con su conducta feroz.
Era su casa, señores,
un antro de corrupcion;
veia caer sobre ella
la cólera del Señor.

HECTOR. No tanto.

DÉBORA. Nos separamos:
salí de aquella mansion
fatal, sin volver los ojos.

HECTOR. No erais la mujer de Lot.

DUNBAR. ¡Marqués!

HECTOR. ¡Ah!

DÉBORA. ¿Por qué su ira
sobre Susana cayó?
¿qué la hizo Susana?

HECTOR. Nada!

DÉBORA. Esto no tiene perdon;

porque yo la protegia,
por eso la aborreció?

HECTOR. Yo no creo...

DÉBORA. ¿Pues por qué?

MURZIO. Los nervios!

HECTOR. El mal humor.

DÉBORA. Nunca faltará á Susana
mi amparo y mi proteccion.

SUSANA. ¡Ah, señora, gracias!
(Aparece Shéridan por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, SHÉRIDAN.

DUNBAR. ¡Shéridan!

SUSANA. (Ap.) Él es! Ricardo.

SHERID. (Saluda á los hombres con el ademan.)
Señoras!...

HECTOR. ¿Conque mañana es gran dia?

SHERID. Sí, y os convido á mi boda.
La ventura de mi alma,
he diferido hasta ahora
porque esperaba un momento
que ya mi impaciencia toca.

SUSANA. ¿Os justificais?

SHERID. Susana,
así lo exige mi honra.
Perseguido sin descanso
por la envidia venenosa,
contra tantos enemigos
arma fué mi pluma sola.
¡La pluma! ¡pobre instrumento,
cuando el poder no la compra!
¡ah! la pluma no enriquece
sino cuando se la moja
en la tinta preparada
con incienso ó con ponzoña.

DUNBAR. Es cierto.

SHERID. Así no extrañeis
mis temores y zozobras,
al asociar á Susana

á mi existencia azarosa.]

DÉBORA. Os comprendemos.

SUSANA. Yo no:
la parte mejor me roba
de mi dote ese interés
que me humilla y me deshonra.
¡Solo para vos pesares!
¡venturas para mí sola!
Envidia me dan las penas!
del dolor estoy celosa!

SHERID. ¡Ah, Susana!

SUSANA. La ventura
del alma, la proporciona
del placer y del pesar
la alternativa dudosa,
dejad que la obra termine
quien dió principio á la obra,
dejad que juntos marchemos
ya al abismo, ya á la gloria.
Que si vuestra frente ciñe
del martirio la corona,
quiero que brille en la mia
su ensangrentada aureola.
Dejadme llorar con vos;
dejadme llorar, no importa;
que mayor consuelo encuentran
las almas que juntas lloran.

DÉBORA. ¡Hija mia! (Abrazándola.)

HECTOR. (Ap. conmovido.) Esta muchacha
dice de un modo las cosas...
(Á Lord Dunbar, que aparta la vista enternecido.)
¿Qué haceis, milord?

DUNBAR. (Procurando dominar su emocion.)
Yo?... yo?... nada!
yo no... (Ya dominado.) Yo no!

HECTOR. ¡Es una roca!

SHERID. (Tendiendo la mano á Susana.)
Nunca he dudado de vos;
mas la suerte veleidosa
con una mano me da
lo que me quita con otra.
No me abandona el amor,

la amistad, sí, me abandona.

HECTOR. Ricardo!

DUNBAR. Por quién decis?...

SHERID. No aludo á vuestras personas
sino á Paddy?

SUSANA. Á Paddy?

SHERID. Huyó
viendo la miseria próxima;
para los pobres de espíritu
la miseria es espantosa.
(Cambiando de tono.)
Mas no pensemos en Paddy;
hoy mi obligacion es otra.

DUNBAR. ¿No temeis á Pitt?

SHERID. Á Pitt!
solo temo á la deshonra.

HECTOR. Habrá lucha.

SHERID. La ambiciono.

MURZIO. ¿Fe teneis?

SHERID. Ella es mi antorcha.

DUNBAR. Dios á la victoria os guie.

SHERID. Dios me guia á la victoria!

DÉBORA. Vamos pues á la tribuna.
(Á todos.)
Acompañadnos.

DUNBAR. (Ofreciéndola el brazo.) Señora!...
(Lord Dunbar acompaña á lady Débora.—Shéridan á Susana.—Hector y Murcio les siguen á la tribuna, cuyas puertas se cierran despues que han entrado.)

ESCENA V.

LA DUQUESA, LORD SPENCER.

DUQ. (Por la derecha.)
¡Habeis visto á Pitt?

SPENCER. (Por la izquierda.) Duquesa
está en un gran compromiso.

DUQ. Sacarle de él es preciso.

SPENCER. Á todos nos interesa.

DUQ. Eso milord es mi intento,
si pierde la votacion

presenta su dimision.
SPENCER. Ó disuelve el Parlamento.
DUQ. ¿Le disolverá?
SPENCER. En la ley
Pitt, el gran Pitt se sostiene.
DUQ. ¡Ah milord, milord, no tiene
gran confianza en el rey.
SPENCER. Es verdad; turbado anda,
teme que estalle la mina.
DUQ. Es que el rey Jorge se inclina
á dar libertad á Irlanda.
SPENCER. ¿Cómo?
DUQ. Va á ser borrascosa
la sesion; no hay que dudar,
Shéridan le va á matar,
su palabra es poderosa.
SPENCER. Ese irlandés miserable
siempre quiere hacerse oir.
DUQ. Es necesario impedir
á toda costa que hable,
si habla, remedio no habrá.
SPENCER. Esa es muy fácil empresa,
¿quereis que no hable, Duquesa?
yo os juro que no hablará.
DUQ. ¿Medios teneis? ¿cuáles son?
SPENCER. ¡Un medio... pero que grande!
Decid á Pitt que me mande
un decreto de prision.
DUQ. Él preso!
SPENCER. Así no hablará.
ese es un medio probado.
DUQ. Shéridan es diputado
y Pitt no se atreverá.
SPENCER. ¿Tendrá escrúpulos? ¡Pardiez!
no me importa, que los tenga;
yo haré que esa órden venga
decretada por un juez.
DUQ. ¿Qué estais diciendo, milord?
SPENCER. Resultados positivos.
(Sacando una cartera con papeles.)
Mirad!... recibos! recibos!
Yo soy su único acreedor.

DUQ. Es cierto!
SPENCER. Muy cierto.—Así
irá donde el sol no vea;
el remojon, la librea
y la eleccion que perdí
á un tiempo me ha de pagar.
Ese mocito no sabe
con quién se las há.
DUQ. Es muy grave
eso que vais á intentar.
SPENCER. ¿Pues no he de vengarme yo?
DUQ. Sí; pero antes que lleguemos
milord, á tales extremos
hay otros recursos.
SPENCER. No.
DUQ. Ved que la nacion entera
de su parte se pondrá.
SPENCER. ¿Pues qué otro recurso habrá?
DUQ. Ofrecerle una cartera.
SPENCER. ¡Ministro! no puede ser.
DUQ. Se evita así un mal mayor.
SPENCER. ¡Ministro! pero señor!
no me queda más que ver.
Pues qué!... Pitt...
DUQ. Se la dará.
SPENCER. ¿Conque no hay otro registro?
¿Conque ministro? ¡Ministro!
DUQ. Callad, milord, aquí está.
(Shéridan aparece en el último escalon de la tribuna y tiende la vista á la Duquesa y lord Spencer.)

ESCENA VI.

LA DUQUESA, SHÉRIDAN, LORD SPENCER.

SHERID. (Ap.) ¡Aquí los dos!
DUQ. (Á lord Spencer.) Es preciso,
la situacion es muy crítica.
SPENCER. ¡Qué tirana es la política!
DUQ. ¡Audacia!
SPENCER. ¡Qué compromiso!
DUQ. (Á Shéridan con amabilidad.)

Señor Shéridan!

SHERID. (Saludando.) Señora!

SPENCER. (Saludando.) Señor Shéridan.

SHERID. (Contestándole.) Milord!

DUQ. (Ap.) Llegó el momento! Valor.

SPENCER. (Ap.) Valor!

SHÉRID. (Ap.) ¿Qué querrán ahora?

DUQ. Sentaos.

SHÉRID. (Despues de hacer que la Duquesa se siente en un confidente se sienta tambien á su lado en un sillon. Lord Spencer queda de pie detras apoyado en el respaldo del confidente.)
Yo os agradezco
tanta merced.

DUQ. No en verdad,
no es merced, es amistad.

SHERID. Amistad que no merezco.

DUQ. ¿Por qué?

SHERID. Valgo poco yo
para verme tan honrado.

DUQ. Dejad la modestia á un lado,
que ahora no es del caso.

SHERID. ¿No?

DUQ. La nacion lo está diciendo,
no hay genio que al vuestro iguale.

SHERID. ¡Ah! no es mi genio el que vale,
es la causa que defiendo.

DUQ. Quizá, Ricardo, el amor
á la patria os extravia.

SHERID. Lucho por la patria mia
y en eso no cabe error.

DUQ. Generosa es vuestra empresa.

SHERID. No hay obligacion más alta.

DUQ. Mas cuando el apoyo falta...

SHERID. Se cae, ¿no es verdad, Duquesa?

DUQ. Es verdad: pensadlo bien.
Vos subis á tanta altura,
que despreciar es locura
el apoyo y el sosten.
Vuestro genio os encumbró
poderoso con sus galas.

SHERID. (Sonriendo.)

Icaro tendió las alas
y al fondo del mar cayó.

DUQ. No, no es eso.

SHERID. (Con ironia.) ¿Eso no es?

SPENCER. (Ap.) ¿Icaro? ¿quién será ese Icaro?
no le conozco: algun pícaro;
algun bribon irlandés.

SHERID. Vuestra gracia considera
necio orgullo y osadia
cruzar la region del dia
con leves alas de cera.
Pero yo, que altivo y fiero
pongo á mi ambicion escalas,
creo que llevo mis alas
sujetas con duro acero.
Que voy de la gloria en pos
no por deseo mundano,
sino por el soberano
impulso del mismo Dios.
De Dios, que me dice: «Anda!
tu patria doliente gime,
dura cadena la oprime,
da la libertad á Irlanda.
Lucha por su redencion,
mi poder omnipotente,
su fuego pondrá en tu mente,
su brio en tu corazon!»

DUQ. ¡Já! já! já!

SHERID. Por vida mia!
¿os reis?

DUQ. La vida es prosa,
y en política, no es cosa
de valor la poesia.
Dejad al supremo ser,
y de este mundo ideal
bajad á este... material.

SPENCER. (Ap.) Lo que sabe esta mujer!

SHERID. Decid.

DUQ. El combate es rudo.

SHERID. No para mi fortaleza.

DUQ. Frágil la naturaleza.

SHERID. Defensa tengo y escudo.

DUQ. ¿Cuál?
SHERID. Mi vocacion.
DUQ. Error!
¿quién os podrá defender
de la ambicion?
SHERID. Mi deber.
DUQ. ¿Y del orgullo?
SHERID. Mi honor.
DUQ. ¿Tanto resistis?
SHERID. Y más.
DUQ. Pero ved que no os desdora
una transaccion.
SHERID. Señora!
¿yo transigir?
DUQ. Sí.
SHERID. Jamás!
DUQ. Vais loco, perdido y ciego.
SHERID. Dejadme con mi locura.
DUQ. ¿Pero creeis por ventura
que os bastais en este juego?
¿Presumis que solo vos
valeis? ¿que á vos nadie llega?
¡Tanta presuncion os ciega!
eso es insultar á Dios!
SHERID. Señora! (Calmándose.) Os escucho: hablad.
DUQ. ¿Con calma?
SHERID. Me sé vencer.
DUQ. Pues oidme. Á defender.
á la Irlanda renunciad.
SHERID. ¡Que renuncie á su defensa!
SPENCER. (Ap. á la Duquesa.)
¡Ahora tocad el registro!
DUQ. Renunciad...
SPENCER. (Con exabrupto.) Y sois ministro
con Pitt!
SHERID. (Levantándose, la Duquesa tambien.)
¡Á mí tal ofensa!
¿Quereis burlaros de mí?
¿Tal derecho quién os dió?
No soy tan infame, no.
DUQ. (Á lord Spencer.)
¡Ah milord! Salid de aquí!

(Lord Spencer saluda y váse por la derecha.—En cuanto ha salido, la Duquesa se dirige vivamente á Shéridan.)

ESCENA VII.

SHÉRIDAN, LA DUQUESA.

DUQ. ¡Ricardo! Ya el fingimiento
ni os vale, ni me interesa,
no bastan á vuestra empresa
ni osadia ni talento.
Una pueril vanidad
trae vuestra mente ofuscada,
y á su orgullo domeñada
esa noble voluntad. (Con energia.)
Romped el duro eslabon,
la gloria os espera, sí:
alcanzadla! estan aquí
mi mano y mi corazon.
SHÉRID. (Sorprendido.)
¡Ah!
DUQ. (Bajando la vista.)
¿Qué más quereis que os diga?
SHÉRID. (Conmovido.) ¡Oh!
(Ap. con suprema forlalsza.)
¡Corazon miserable!
(Momento de silencio.—Con calma.)
Vos! mi enemiga implacable!
DUQ. ¡Ricardo! ¡vuestra enemiga!
¡Qué hombre sois, divinos cielos,
tan poco esperto en amor,
que no vió que mi furor
eran celos.
SHERID. ¡Celos!
DUQ. Celos.
Cuando perdí la esperanza
creí... ¡funesta mentira!
embriagarme con la ira
y olvidar con la venganza.
Mi vanidad de mujer

me indujo á tan triste error;
¿dónde hay más fiero dolor
que á un tiempo odiar y querer?
Á cada golpe que os daba,
Ricardo, me parecia
que el corazon se partia
y el alma se desgarraba;
y frenética, iracunda,
matar mi pasion pensé
con mi herida, y no logré
sino hacerla más profunda!

SHERID. ¿Y vuestro rencor?

DUQ. Es cierto!
¿Soy la primera mujer
que quiso á su amante ver
antes que perdido, muerto?

SHERID. Seguid.

DUQ. De vuestro destino
intenté la fausta huella
borrar; engañosa estrella
que os torciera del camino.
Mas hoy veo con dolor
lo que mi encono ha logrado,
hoy al veros desgraciado
triunfante se alza el amor,
y brotando de mi herida
más poderoso y más fuerte
á las puertas de la muerte
lanza raudales de vida.
Mi amor levanta un altar
sobre mi rencor bastardo,
creed en mi amor, Ricardo,
creed que os quiere salvar.

SHERID. ¿Á mí señora? ¿De qué?

DUQ. ¡Imagina que lo ignoro!
Yo tengo oro, sí, mucho oro,
vuestras deudas pagaré.
Ved que la rivalidad
de Spencer puede ser grave,
ved que Pitt todo lo sabe,
yo os ofrezco su amistad.

SHERID. ¿Pero qué esperais de mí?

DUQ. Si yo os traigo con mi amor
fortuna, nobleza, honor!...
(Shéridan da un paso para marcharse.)
Ah! no! no salgais de aquí!
no deis un paso arriesgado,
un paso comprometido,
mañana estareis perdido,
mañana... estareis casado!
Pensad en ese mañana.

SHERID. Lo sabeis?

DUQ. Lo sé muy bien;
casado! ¿cómo? y ¡con quién!
No!

SHERID. Renunciar á Susana!
Jamás!

DUQ. Dejad que me asombre
de que os cegueis tanto y tanto!

SHERID. ¡Susana!

DUQ. Pero qué encanto
para vos tiene ese nombre?
Susana! Mujer fatal,
que de vuestro sino en pos
siempre ha sido para vos
el espíritu del mal.
Sí, sí; por esa mujer
os cerró el mundo sus puertas,
antes para vos abiertas
al entusiasmo, al placer.
Ella os impidió subir,
vuestro genio esclavizó,
y en la pobreza os clavó
de que no podeis salir.
Meditad con sangre fria,
que ir tras el mal no es hazaña,
que el corazon os engaña
y vuestra mente extravia.
Que nadie debe sufrir
la pena que no merece.
(Silencio rápido.)
Lo pasado os estremece,
escuchad lo porvenir.
¡Solo al pensarlo me aterro!

Un dia... ¡horrible verdad!
vendrá la necesidad
con su círculo de hierro,
círculo que en vuestra frente
se irá estrechando... estrechando...
y el pensamiento secando
bajo su barra candente.
La lozana fantasia
de poetas y escritores,
quiere luz, aroma, flores,
aire, espacio y armonia.
La severa inteligencia
del político profundo,
libre campo y ancho mundo,
soberana independencia.
(Shéridan se pasa la mano por la frente.)
¿Palideceis?

SHERID. ¡Yo!

DUQ. Sí!

SHERID. ¡Oh!
dejadme!

DUQ. No puede ser!
renunciad á esa mujer,
la gloria os espera.

SHERID. (Con energia.) No!
Si tan vil alevosia,
si mudanza tan traidora
cupiera en mi alma, señora!
el alma me arrancaria.

DUQ. (Con despecho.)
Ved, Ricardo, que depende
vuestro porvenir tal vez...

SHERID. ¡Ah Duquesa! mi altivez
ni se humilla, ni se vende!
(Momento de silencio.—Shéridan da un paso.)

DUQ. Van á prenderos. (Con estrema frialdad.)

SHERID, (Deteniéndose.) ¡Oh!

DUQ. Sí!
huid! la desgracia asoma.

SHERID. No: si el cielo se desploma,
caiga el cielo sobre mí!
(Váse por el fondo izquierda.)

ESCENA VIII.

LA DUQUESA, LORD SPENCER.

La Duquesa queda un momento pensativa; luego fingiendo una resolucion definitiva mira á la puerta de la derecha. En este momento aparece en ella lord Spencer.

DUQ. Milord!
SPENCER. ¿Lo lograsteis?
DUQ. No.
SPENCER. ¿No hay medio?
DUQ. No hay esperanza.
SPENCER. ¿Qué nos resta?
DUQ. La venganza.
SPENCER. Yo de ella respondo.
DUQ. Y yo!
SPENCER. Rogasteis?
DUQ. Tan necia fuí.
SPENCER. ¿Y que os dijo?
DUQ. No lo sé!
Id á ver á Pitt.
SPENCER. Iré.
¿Órden de prision?
DUQ. Ah! sí!
(Váse lord Spencer por la izquierda.)

ESCENA IX.

LA DUQUESA.

Queda un momento pensativa.

¡Órden de prision! Y cuando.
le prendan, mi amor ¿qué gana?
(Dirígese á la tribuna, sube los tres escalones, abre una de las hojas de la puerta y al ver á Susana dentro se detiene.)
¡Ah! Susana!
(Baja, dirígese rápidamente á la mesa y toca la campanilla.—Sale un ujier.)

Á miss Susana
que aquí la estoy esperando.
(Entra el ujier en la tribuna despues de haber saludado.)
¡Le ama! le querrá salvar!
en su abnegacion confio.
(Llevándose la mano al corazon.)
Corazon! ¡corazon mio!
¡valor! ¡aun puedes triunfar!
(Salen de la tribuna Susana y el Ujier. El Ujier señala á la Duquesa, y váse.)

ESCENA X.

LA DUQUESA, SUSANA.

SUSANA. ¿Me habeis llamado, señora?
DUQ. Responded á mis preguntas:
¿amais á Shéridan?
SUSANA. Yo?...
DUQ. ¿Vacilais?
SUSANA. ¡Vacilar! ¡nunca!
sí señora, le amo.
DUQ. Bien!
Si la enemiga fortuna
le combatiera, Susana,
¿qué hariais por su ventura?
SUSANA. Morir!
DUQ. Más de vos se exige.
SUSANA. Más haré; no tengais duda.
DUQ. Graves riesgos le amenazan;
si su espíritu le encumbra
al cielo, la ruin materia
en la tierra le sepulta.
SUSANA. Si el alma sube triunfante,
dejad que el cuerpo sucumba.
DUQ. Hablais como una demente;
Dios perdone esa locura!
SUSANA. Explicaos.
DUQ. Escuchadme:
Aunque su constancia es mucha,

ya ve á sus puertas llamando
á la miseria desnuda.
Dos mil libras esterlinas
debe.

SUSANA. ¡Oh Dios!

DUQ. Enorme suma.
Armas que á sus enemigos
dan la victoria segura:
vos podeis salvarle; vos
avivar la lumbre pura
del genio que va á extinguirse
en las tinieblas profundas.
¿Quereis?

SUSANA. ¡Si quiero! ¡Dios mio!
quien eso dude, me insulta!

DUQ. De vos depende!

SUSANA. De mí?
hablad, señora! (Ap.) ¡Qué angustia!

DUQ. Renunciad á ser su esposa.

SUSANA. ¿Quién á la vida renuncia?

DUQ. Os propongo un sacrificio!
¡qué amor es ese con dudas?

SUSANA. Ved que me pedis mi vida.

DUQ. Pero en cambio de la suya.

SUSANA. De la suya!

DUQ. ¿No pensais
que es esa infeliz coyunda,
para él pesada cadena
que le esclaviza y subyuga;
para vos, eterno llanto,
remordimiento que punza?
La pobreza torna estéril
la inspiracion más fecunda.
¿Qué alcanzará á vuestro lado,
desdichada criatura!
Una mísera existencia,
siempre sujeta á la ruda
faena, al trabajo asíduo,
y tras de una vida oscura,
llena de duelos y azares,
bajar sin gloria á la tumba.

SUSANA. Me estremeceis.

DUQ. Á mi lado
se despejará la bruma
que su porvenir envuelve
en su lobreguez impura.
Verá un horizonte abierto
á sus empresas futuras;
tendrá su genio atrevido
palenque para la lucha.
Y cuando el sol de la gloria
vea que su nombre ilustra,
y su inteligencia alcanza
la más soberana altura,
bendecirá un sacrificio
que á tanta gloria le impulsa.
(Momento de silencio.)
Este momento es supremo:
¿qué decis?

SUSANA. (Vacilando.) Señora...

(Óyense fuertes y prolongados aplausos en el salon del Parlamento: la Duquesa queda con la vista fija en la puerta de la tribuna. Susana corre á ella y abre las dos hojas. Descúbrese detrás de la tribuna el salon del Parlamento; á Shéridan en la tribuna del orador, y todos los diputados de pie, levantados los brazos en actitud de aprobacion.—Vivos rumores de adhesion y aplausos.)

¡Ah! ¡Nunca!

DUQ. ¡Nunca!

SUSANA. ¡No! ¿qué necesita
esa inteligencia augusta
de una proteccion bastarda
que más que honrarle le injuria?
¿No le veis? De sus contrarios
su voz poderosa triunfa,
¿no le ois? por nuestra Irlanda
levanta la voz robusta;
por su redencion combate;
Dios le inspira! Dios le ayuda!

DUQ. (Ap. Con emocion.)
¡Ah, Susana!

SUSANA. Guardad, pues,
esa proteccion caduca,

para que sobre sus hombros
la ruin mediania suba.
Quien siente de Dios la llama
que su entendimiento alumbra
¿por qué ha de rendiros culto?
¡miserables criaturas!
(Queda la Duquesa en una actitud de asombro y Susana en ademan altivo.)

ESCENA XI.

SUSANA, LA DUQUESA, HECTOR, LORD DUNBAR, que salen de la tribuna; despues LADY DÉBORA por el mismo sitio, luego SHÉRIDAN y DIPUTADOS por la izquierda; finalmente LORD SPENCER, tambien por la izquierda.

MURZIO. Es un gran hombre!
HECTOR. ¡Qué fuego!
¡qué brillantez!
DUNBAR. Y qué audacia!
HECTOR. ¿Qué hará Pitt?
MURZIO. No cabe duda.
HECTOR. Su dimision?
DUNBAR. Hombre al agua.
HECTOR. Ó disuelve el Parlamento.
DUNBAR. Puede que se arriesgue!
HECTOR. Vaya!
DÉBORA. (Bajando de la tribuua.)
No de otro modo Jael
en las sienes de Sisara
atravesó el férreo clavo
al golpe de dura maza.
(Reúnese á Susana.)
DUNBAR. (Á lord Dunbar y Murzio, formando grupo.)
Aquí viene Abigail,
Rebeca, Raquel y Dálila.
SHERID. (Saludando á varios diputados que le acompañan.)
Gracias, señores, mi voz
del deber ha sido esclava,
no me tuerce la lisonja
ni me doblo á la amenaza.

Juré defender osado
los derechos de mi patria;
mi juramento he cumplido;
¡qué gran dia para Irlanda!

DUNBAR. (Dándole la mano.)
¡Shéridan! sois un gran hombre!

HECTOR. (Id.) Ricardo! la mano!

SHERID. Gracias!

(Todos le dan la mano.—Movimiento general.)

DUQ. (Ap.) Pitt está perdido... ¿y él?

(Shéridan pasa junto á Susana.)

SUSANA. (Á Shéridan.)
¡Gracias, Ricardo!

SHERID. (Apretándola la mano con efusion.)
¡Ah Susana!

DUQ. (Á lord Spencer que llega por la izquierda.)
¡Ah milord! ¿la órden?

SPENCER. (Á la Duquesa.) Aquí,
nuestra es la victoria...

DUQ. (Con amargura.) ¡Oh!

SPENCER. Calma.
(Dirigiéndose á Shéridan.)
Recibid mi parabien.

SHERID. Lord Spencer.

SPENCER. Nunca más alta
ha brillado en la tribuna
del orador la arrogancia.
Ya os aplaude, ya os celebra
la multitud entusiasta,
ya vuestro triunfo pregonan
los clarines de la fama;
subir á tan gran altura
para descender, ¡qué lástima!

DUNBAR. ¿Qué dice?

HECTOR. Cómo?

SUSANA. ¡Gran Dios!

SHERID. Explicad esas palabras.

SPENCER. No lo he de hacer, si he venido,
tan solo para explicarlas.
(Saca un pliego y se le da.)
Ved ese pliego.

SHERID. (Abriéndole y pasando la vista por él.)

¡Yo preso!

TODOS. Preso!

DUNBAR. (Ap.) ¡Malvados!

HECTOR. (Ap.) Canalla.

SPENCER. (Á dos police-men que han venido con él.)
Obedeced.

HECTOR. ¡Vive Cristo!

MURZIO. (Que ha sacado el cuaderno, se le vuelve á guardar.)
No, no es locura, es infamia!
(Los police-men se acercan á Shéridan.)

SHERID. Soy diputado, milord,
las leyes mi fuero amparan,
¿quién atropella atrevido
inmunidad tan sagrada?
(Rumores generales.)

HECTOR. Eso es una villania,
eso es una inícua trama
de Pitt!

TODOS. Sí! sí! Pitt!

SPENCER. Señores!
poco á poco, que no alcanza
á tanto su inmunidad,
así la ley lo declara.

SHERID. ¿Qué está diciendo?

DUQ. (Ap. con dolor.) Es perdido!

SPENCER. Honrad, pues así os agrada,
al orador, no me opongo;
ensalzadle, batid palmas!
pero al deudor... no hay remedio,
al deudor... quien debe, paga.
Dos mil libras esterlinas
me debe; recibos hablan,
los plazos estan vencidos,
las prórogas terminadas,
yo exijo el reintegro al punto,
si no... la ley está clara. (Silencio.)

DUNBAR. (Ap.) Digo que Dios le protege
si este compromiso salva,

HECTOR. (Á Lord Dunbar.)
Prestadme las dos mil libras,
milord, que yo tengo en Francia...

DUNBAR. No puedo.

HECTOR ¿Por qué?
DUNBAR. No debo,
la apuesta es apuesta!
HECTOR. (Ap.) ¡Oh rabia!
¡y esto consentimos ¡ah!
no valemos para nada;
me voy de aquí, que no quiero
cómplice ser de la infamia.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ménos HECTOR.

SPENCER. ¿Nada decis? (Á Shéridan.)
SHERID. Sí, milord.
digo que usar tales armas
es digno de vos.
SPENCER. ¿De mí?
SHERID. De vuestra intencion villana,
de la ruindad del espíritu,
de la bajeza del alma.
SPENCER. Ved bien cómo hablais.
SHERID. Mi honor
me ordena tomar venganza,
¿pero cómo? no sois digno
de la punta de una espada,
¿qué he de hacer? tomar un látigo...
SPENCER. Ved...
SHERID. ¡Y cruzaros la cara!
(Movimiento; todos se interponen entre Shéridan y lord Spencer.)
DUNBAR, ¡Ricardo!
SPENCER. (Ap.) Esto se complica.
DUQ. (Ap.) ¡Qué corazon! ¿qué arrogancia!
SPENCER. No penseis que esos insultos
de mis designios me apartan;
¿imaginais por tal medio
libraros?
SHERID. (Haciendo ademan de lanzarse á lord Spencer.)
¡Villano!

DUQ. (Poniéndose en medio. Basta!
SPENCER. Nada! nada! á la prision...
Cuando salgais...
SHERID. (Con amenaza.) Cuando salga...
DUQ. Basta! Milord, estais ciego.
SPENCER. ¡Duquesa! Esto me faltaba!
DUQ. Hombres de tal energia,
de inteligencia tan alta,
de virtud tan poderosa,
orgullo son de la patria.
SPENCER. ¿Hé de perder dos mil libras?
DUQ. (Con desprecio.)
No las perdereis.
SHERID. (Con sarcasmo.) Oh! gracias,
señora Duquesa.
DUQ. Pero...
SHERID. No me es posible aceptarlas:
de la senda del honor
nunca apartaré mi planta.
DUQ. La amistad os las ofrece.
SHERID. El pundonor las rechaza.
DUQ. Es vuestro pecho de roca,
rogádselo vos, Susana.
SUSANA. No.
DUQ. Susana!
SUSANA. No.
DUQ. ¡Ay Dios! Ved
el riesgo que le amenaza.
SUSANA. Si él dice que no, señora,
es que el honor se lo manda.
DUQ. El orgullo, no el honor.
SUSANA. Tales son las circunstancias...
DUQ. El orgullo no es virtud.
SUSANA. Á veces... poco le falta.
SPENCER. (Ap. dirigiéndose á los police-men.)
Esto es demasiado ya!
DUNBAR. (Ap.) Me decido! Así me gana.
SPENCER. Prendedle!
DUNBAR. (Interponiéndose.) Esperad.
SPENCER. (Asombrado.) Milord...
PADDY. (Dentro.)
¡Viva Irlanda! ¡viva Irlanda!

UJIER. (Dentro.) ¡Atrás!
PADDY. (Dentro.) Quiero ver á Shéridan!
TODOS. ¿Qué es esto?
UJIER. (Apareciendo en la puerta de la derecha.)
¡Atrás! no se pasa...
PADDY. (Saltando sobre el Ujier y entrando en escena.)
Por el ojo de una aguja
me cuelo cuando hace falta.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, PADDY.

SHERID. ¡Paddy!
SUSANA. ¡Paddy!
SPENCER. ¡Quién se atreve!...
PADDY. ¡Yo me atrevo! ¡Viva Irlanda!
SHERID. Paddy aquí!
PADDY. (Corriendo hácia Shéridan.) Dadme un abrazo!
Ya sois rico!
SPENCER. ¿Cómo?
SHERID. ¡Habla!
PADDY. Diez mil libras esterlinas
os traigo en oro y en plata.
DUNBAR. ¡Diez mil libras!
SPENCER. ¿Está loco?
PADDY. El pais os las regala.
SHERID. El pais!
PADDY. Anthrim, Dublin,
Baltimore, Wexford, Monaghan.
SHERID. Por qué?
PADDY. ¿Por qué? ¡Pues no sois
quien su libertad proclama,
quien sus derechos defiende,
su religion afianza?
SHERID. Explícate... no comprendo...
PADDY. (Dándose puñetazos en el pecho.)
Pues creeis que aquí no hay nada?
Al veros en la miseria
dije para mí: «No falla,
al que por la patria lucha
debe ayudarle la patria.»

Partí á Dublin, en tabernas,
en plazas, calles y casas
leia vuestros artículos,
que con asombro escuchaban.
«Yo le conozco, decia,
por libertaros se mata;
pero está pobre, no tiene
más que grandeza en el alma.
¡Ah! si los vierais, señor!
la pobre gente lloraba,
me entregaban los mezquinos
ahorros de la semana...
uno un penique, otro cuatro;
pero eso no me bastaba.
Cundió el rumor entre el pueblo;
mucho hablar, y de esto... nada:
hasta que un dia, ¡qué dia!
reunidos en la plaza,
porque Dios os auxiliase
y su Madre soberana,
en la catedral entraron
con rosarios y con hachas,
y los hombres descubiertos
y las mujeres descalzas,
por todo Dublin llevaron
la santa Vírgen en andas.

SHERID. (*Abrazándole.*) Paddy!

SUSANA. Paddy!

MURZIO. (*Á lord Dunbar, que aparta la vista conmovido, mientras tambien con mucha emocion apunta en su cuaderno.*)
¡Qué! ¿llorais?

DUNBAR. Yo... no... (*Enjugándose los ojos.*)

MURZIO. Mármol de Carrara!

DUNBAR. ¿Á quién estais apuntando,
doctor?

MURZIO. Á toda la Irlanda.

PADDY. El alderman tomó parte,
se organizó sin tardanza
un *meeting* en favor vuestro;
los pobres peniques daban,
los ricos daban guineas,

unos lino, y otros lana;
y el entusiasmo, señor,
á tal extremo llegaba,
que por ahorrar... un borracho
bebió en un mes, solo agua. (Risas.)
Yo y el alderman tenemos
el dinero en la posada;
así os pago las seis libras.
¡Ya sois rico! ¡viva Irlanda!
(Da un salto, y váse por la derecha.)

DUNBAR. (Ap.) Si no es proteccion del cielo,
no sé...

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, ménos PADDY.

SHERID. (Á lord Spencer.) Tendreis por pagada
mi deuda?

SPENCER. Una, sí, (Ap.) Valor,
yo soy más diestro en las armas
que él... tal vez le amedrente. (Alto.)
¿Pero la otra quién la paga?

SHERID. Yo tambien! (Con brio.)

SPENCER. Pública injuria,
que solo la sangre lava.

SHERID. Gacias al cielo, milord,
que hablais algo que me plazca.

SPENCER. Cuando gusteis.

SHERID. Entendeos
con lord Dunbar.

DUNBAR. Que me agrada,
voy á ser vuestro padrino,
Ricardo, como Dios manda.
(Ap.) Shéridan batirse! no,
no, que lord Spencer le mata.
(Á lord Spencer.)
¿Pistolas?

SPENCER. Á veinte pasos!

SHERID. Vamos pues!

DUNBAR. (Á Shéridan.) Vos no haceis falta.

SHERID. (Asombrado.)

Milord!

SPENCER. (Asombrado.) ¿Que no?

DUNBAR. (Á lord Spencer.) No: os batis
antes conmigo.

SPENCER. Yo? (Ap.) ¡Cáscaras!

SHERID. Pero eso no se comprende.

SPENCER. Excentricidad más... rara!

DUNBAR. Soy excéntrico, es verdad;
mi excentricidad me salva.
Yo odiaba al género humano...

SPENCER. (Ap.) Este me mete una bala
en el cuerpo.

SHERID. Pero ved...

SPENCER. Eso es una extravagancia.

DUNBAR. (Á Shéridan.)
Me habeis ganado la apuesta:
cuando la victoria alcanza
vuestro teson, no consiento
que una honra estúpida y falsa
mate al que me reconcilia
con toda la especie humana.
(Dándole la mano.)
No, vive Dios! si la suerte,
de luchar no está cansada,
con mis excentricidades
yo soy capaz de cansarla!

SHERID. Sí, pero...

ESCENA XV.

LOS MISMOS, HECTOR por la derecha, despues un OFICIAL.

HECTOR. (Á Shéridan.) Albricias me dad,
cayó el ministro, bastardo;
el rey os llama, Ricardo.

SHERID. ¡El Rey!

OFICIAL. (Saliendo y dando un pliego á Shéridan.)
De su Majestad!

SHERID. (Tomándole y abriéndole.)
Oh!

HECTOR. (Á los demas.) El discurso de hoy,
la actitud del Parlamento.

(Á Shéridan.)
Ved ese pliego al momento,
Ricardo.

SHERID. (Que ha leido el pliego, con voz solemne.)
¡Ministro soy.

SPENCER. (Atonito.) ¡Ministro!

SUSANA. (Alzando los brazos al cielo.)
¡Santa bondad!
(Al bajarlos tropieza su mano con la de la Duquesa que le tiende la suya.—Se abrazan.)

SHERID. (Con orgullo, ap.)
Llegué al fin de mi carrera!

OFICIAL. Su Majestad os espera.

SHERID. (Con gran entonacion.)
Decid á su Majestad
que antes que ministro, quiero
al honor satisfacer,
que entre el honor y el poder
el honor es lo primero.
(Murzio le mira asombrado, luego saca el cuaderno y le va rompiendo lentamente.)
(Shéridan al Oficial.) Id al punto!

DUNBAR. ¡Qué demencia!
(Al oficial.) Esperad.

SHERID. (Á lord Spencer.) Seguidme vos.

DUNBAR. (Á lord Spencer.)
Seguidme.

SPENCER. ¡Qué! con los dos?
(Ap.) ¡Pero señor! ¡hay paciencia!
toquemos otro registro.
(Alto á Shéridan.)
Recibid mi parabien;
¡no me bato!

SHERID. ¿No?

SPENCER. No. ¿Quién
se bate con un ministro?

SHERID. (Ap.) ¿Qué estais diciendo, milord?
eso es cobarde!

DUNBAR. (Ap. á lord Spencer.) Eso es ruin!

SPENCER. (Ap.) ¡Nada! hasta el fin! hasta el fin!
(Alto á Shéridan.)
Qué talento! qué valor!

Esto es oro, oro de ley.

SHERID. (Ap. á lord Spencer.)
¿Y la librea? el caballo!
la injuria...

SPENCER. Soy fiel vasallo!

DUNBAR. Tiene razon!

SPENCER. ¡Viva el rey!
(Váse despechado por la derecha.)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, ménos LORD SPENCER.

SUSANA. Ricardo! Ricardo!

SHERID. ¡Oh!
hay mayor felicidad!

DUQ. (Tendiéndole la mano.)
¿No aceptareis mi amistad?

SHERID. (Tomándosela, y besándosela respetuosamente.)
Señora Duquesa, yo
la acepto, que me honraré
con ella; soy el que gana.

DUQ. (Tomando la mano de Susana y poniéndosela en la de Shéridan.—Con sentimiento.)
Hacedle feliz, Susana!

SUSANA. Tu voluntad!

SHERID. No; tu fe.
Las dos, sí, por el camino
azaroso de la vida;
va la humanidad perdida
en alas del torbellino,
de la envidia y la ambicion;
pero el triunfo da su palma
á la voluntad del alma
y á la fe del corazon.

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 10 *de Enero de* 1868.

El censor de teatros,

Narciso S. Serra.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M García Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Onana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Jativa.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lerida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Pradanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

